BOLETÍN
DE LA
BIBLIOTECA MENÉNDEZ Y PELAYO
AÑO XI.—JULIO-DICIEMBRE, 1929.—NUMS. 3-4

APUNTES TAQUIGRÁFICOS

DE

Historia crítica de la Literatura Española

tomados al Sr. Profesor Doctor Menéndez Pelayo.

Hace años publiqué en las páginas del Boletín *la* Introducción al Programa *de Historia Crítica de la Literatura española que escribió Menéndez y Pelayo, para las oposiciones a la Cátedra del doctorado de Filosofía y Letras. En ella se expone un plan completo de la materia con una amplitud que después ni ha sido superada ni siquiera seguida de lejos por los que de la materia se han ocupado. En la* Introducción *sólo se dibujan las líneas generales. El desarrollo circunstanciado y concreto del plan quedaba para el Programa. Las gestiones realizadas para encontrarlo han sido hasta ahora inútiles. Ha desaparecido del Archivo del Ministerio, donde debiera conservarse, el* Expediente académico de don Marcelino, *y con él todos los documentos y trabajos de sus oposiciones. Acaso un día se encuentre en cualquier oficina o departamento del Ministerio.*

Entre el maremagnum de sus papeles he hallado parte del borrador Programa, *pero con la esperanza de poder encontrar un día el del definitivo y completo, no he querido darlo a la imprenta.*

Mejor y más útil sería poseer todas las explicaciones de Cátedra. Tenemos la suerte de que se hayan conservado las de un curso completo, 1892 a 1893, tomadas taquigráficamente y reproducidas por velógrafo. Comprenden estas conferencias la definición y contenido de la asig-

natura, unas cuantas observaciones sobre la cultura de los primitivos habitantes de la Península, la exposición de las producciones en prosa de las literaturas hispano-latina, hispano-árabe e hispano-judía y los comienzos de la castellana medioeval. Por tanto una mínima parte de su vasto Programa. Porque don Marcelino en su clase de doctorado ni podía, ni debía, ni quería explicar cada año todo el Programa, sino una parte, con la extensión necesaria para que los alumnos pudiesen, por lo menos, conocer los más importantes problemas y las fuentes de investigación de una materia o de un período y así la manera de estudiar fundamentalmente la Historia de la Literatura.

Poseemos también otro elemento para juzgar la labor de Menéndez Pelayo en su cátedra: algunos programas parciales redactados por los discípulos. Acostumbraba a proponerles como un ejercicio de examen, que a fin de curso ellos mismos condensasen en los enunciados de un programa las explicaciones que durante el año escolar habían oído en la clase.

Creemos de importancia para completar el estudio de Menéndez y Pelayo y de su obra, dar a conocer todos estos documentos de su labor como catedrático, y para ello comenzamos hoy la publicación de los Apuntes taquigráficos de Historia de la Literatura Española tomados al Sr. Profesor Doctor Menéndez Pelayo, *por contener el comienzo de la asignatura.*

No sabemos el nombre del taquígrafo que tomó al oído las palabras del Maestro, las cuales al pasar rápidamente al papel, han sufrido, como ocurre siempre en estos casos, confusiones, trueques y atropellos que a veces se pueden corregir fácilmente, y a veces presentan verdaderos galimatías inexplicables.

Digamos en honor de la verdad y del copista, que al parecer están bastante bien tomadas las explicaciones, y en alguna estima las tendría don Marcelino cuando las conservó en el estante en que guardaba sus obras impresas y como una de tantas. No las debió leer con detenimiento; pues tan escrupuloso como era con libros ajenos, en lo de corregir y enmendar, no hubiera dejado pasar graves faltas de sentido, manifiestas equivocaciones y no pocos errores ortográficos en una obra suya.

Yo me he atrevido, cuando los yerros son evidentes, a corregirlos; cuando no es indudable la falta del copista, aunque la idea no resulte muy clara en la copia, me he abstenido, por respeto, a enmendar la plana. Creo, sin embargo, necesario advertir que esto acontece más de

una vez en este trabajo, para que nadie pueda considerar como texto definitivo de Menéndez y Pelayo, lo que no es ni puede ser más que una versión aproximadamente exacta, interpretada por un oyente, no muy ilustrado a juzgar por ciertos detalles, y con la precipitación obligada, que no es la mejor garantía de acierto.

De todos modos, estas conferencias de cátedra, los programas de los discípulos, y el programa completo, si damos con él, o el borrador incompleto, si aquél no aparece, serán los únicos elementos ciertos y objetivos que poseamos para juzgar su labor de catedrático. Juzgarla por los discípulos que junto a él se formaron sería acaso excesivo; porque estos discípulos más que en la cátedra, aprendieron de Menéndez y Pelayo en sus libros, en el trato frecuente, en las consultas y colaboración, en las sugestiones y en el ejemplo. Para ellos fué Maestro, concepto y palabra más dulce, menos estridente y enfática que catedrático. Además de que es natural que otros maestros y otros libros se llamasen también a la parte en la formación de los que fueron y se honran llamándose discípulos de Menéndez y Pelayo.

M. A.

CONFERENCIA DEL DÍA 3 DE OCTUBRE DE 1892.

Es obra muy complicada hoy la de la crítica literaria, siendo este estudio uno de los que más han progresado en nuestro siglo y de los que exigen mayor cantidad de conocimientos y más valor para rectificar los juicios erróneos. La historia literaria es ciencia que está en continuo progreso y rectificación. Es crítica siempre la historia de la literatura, y en rigor toda historia ha de ser crítica si no se concreta a ser una mera relación de los hechos, un cronicón; pero si de otras historias, como por ejemplo, las políticas, las militares, etc., se puede sacar alguna substancia aún de la exposición mera de los hechos, de la exposición sucinta de hechos literarios no podría sacarse otra cosa que un fárrago de noticias, y nada más. Los hechos políticos traen consigo alguna enseñanza, una especie de moraleja, pero la historia literaria no puede traer esto si se hace de una manera poco o nada crítica.

No hemos de detenernos en explicar el concepto de la historia, ni el de la literatura, por ser demasiado conocidos, y aunque es cierto que hay diferentes teorías acerca de cómo debe escribirse la his-

toria y lo que debe ser la literatura, sin embargo hay algunos puntos en que todo el mundo está de acuerdo, como por ejemplo que se ha de buscar en este género de enseñanzas lo que une más que lo separe; en cuanto al concepto de la historia, todo el mundo está bastante conforme en que aquélla puede considerarse de dos modos, objetiva y subjetivamente: la historia objetivamente considerada, es la materia misma de la historia, es decir, el desarrollo progresivo de la humanidad, en el tiempo. La humanidad se desarrolla obedeciendo a una ley providencial, ley que tiene su nombre en las teorías históricas y que se llama ley del progreso, o ley de la evolución. Si la historia ha de tener algún plan, si ha de ser una cosa racional, ha de obedecer a cierta ley, ley visible si no en cada hecho, particularmente considerado, cuando ya se abarca un período más o menos largo y se comparan los distintos órdenes de la actividad humana en cada época; el resultado general de este balance es favorable a la teoría del progreso o de la perfectibilidad humana y aún los mismos positivistas [admiten] esta ley con el nombre de ley de la evolución. La historia (1) no es, pues, más que esa misma evolución, ese mismo progreso de la humanidad, en el espacio y en el tiempo, para el cumplimiento de sus altas investigaciones; y la historia subjetivamente considerada, es la narración, la exposición que de todo eso hace el historiador.

La historia, ora se la considere por lo referente a su materia, es decir, objetivamente, ora por lo tocante a su forma, es decir, subjetivamente, comprende todo género de hechos humanos; hay, por consiguiente, distintos géneros de historia, y así, por ejemplo, tenemos la historia universal que en su acepción más amplia comprende el total desarrollo de la humanidad en todos los órdenes y esferas de la vida. La historia particular puede ser de distintos modos: hay historia particular en cuanto a las razas, Historia de las razas Semíticas, Indo-europeas, etc.; hay historia particular en cuanto a los pueblos, como por ejemplo, Historia del Imperio de Babilonia, de Roma, etcétera; en cuanto a los tiempos, Historia de la Antigüedad, de la Edad Media, etc.; hay historia particular en cuanto a los distintos órdenes en que la actividad humana se ejercita, Historia del Comercio, Historia de la Industria, de la Literatura, de la Religión, etcétera. De manera que cabe todo género de particularidades en la histo-

(1) Objetivamente considerada.

ria, sin que estos estudios parciales vengan a quebrantar la unidad histórica en general.

Una de estas historias parciales es de la que vamos a ocuparnos hoy; parcial en cuanto a su contenido y en cuanto a sus límites de tiempo y de espacio, porque sólo abarca la literatura española. Tenemos por consiguiente que nuestro estudio es histórico, y de historia particular, lo cual no quiere decir que no esté enlazado con cualquier otro género de historia; lo está, por ejemplo, con la historia de la literatura en general, porque todos los pueblos se influyen mutuamente, y al hablar de la historia de la literatura española hay que tratar de otra porción de literaturas de pueblos, con los que España ha guardado relaciones más o menos íntimas, pero relaciones al fin, ya de carácter comercial, ya de carácter guerrero, etc.; y como la literatura no es una cosa que vive aislada, sino que se relaciona con las otras ciencias, de aquí que se relacione con las ciencias sociales y políticas, religiosas, etc. Hemos dicho que nuestra historia es Historia de la Literatura, y aquí procedería estudiar el concepto de la literatura; pero ya lo damos por sabido: la palabra literatura comprende dos acepciones, en primer lugar, la obra escrita, su etimología lo dice de *littera*, esto es, el estudio de todo lo que se ha escrito: esta es la acepción primitiva y la que ha sido vulgar hasta el mismo siglo XVIII; y ejemplo de esto tenemos en los antiguos historiadores literarios de Europa. En Roma se usaban lo mismo las palabras *litteratus* y *gramaticus*, y unos y otros tenían por objeto el estudio de los autores clásicos. Es claro que en este general concepto, todo lo que se escribe pertenece a la literatura, hasta un libro de matemáticas. Este amplio sentido que hoy nos extraña, fué generalísimo hasta fines del siglo pasado, y ejemplo de ello tenemos en la Historia Literaria de Francia, de los PP. Benedictinos de la congregación de San Mauro, la Historia de Italia, la Historia de la Literatura que publicó en italiano el P. Juan Andrés, jesuíta, etc. Este es el concepto más general de la palabra Historia de la Literatura, o Historia literaria; pero el concepto en que tomamos hoy la palabra Literatura, es muy diverso: para nosotros la Literatura es el arte literario, la manifestación de la belleza por medio de la palabra hablada o escrita, es decir, que la obra que se escriba con el mero propósito de enseñar, con el fin de llenar una utilidad, de satisfacer algo práctico y en la que el autor, por tanto, no se proponga, como fin inmediato, la

realización de la belleza, no pertenece a la literatura más que muy remotamente; podrá pertenecer por cualidades secundarias, como, por ejemplo, el estilo, por su gracia, etc. En este sentido, pues, hoy la Historia de la Literatura no es más que una de las secciones de la Historia de las Bellas Artes: existe la Historia de la literatura como existe la Historia de la arquitectura, de la música, de la pintura, etcétera, con la diferencia que la del arte literario, por ser tan varia y tan rica en sus manifestaciones, abarca un campo más amplio que el que logran las artes pictóricas, la música, etc., por ser mucho más variadas, repetimos, las manifestaciones de la técnica literaria que las de las técnicas de las otras ramas de que antes hablamos. Algunos quieren reducir la Historia de la Literatura a las obras de Arte puro, excluyendo, unos, la Historia; otros, la Oratoria, y aun algunos, la Didáctica. A nosotros nos parece esto muy exagerado y creemos que se puede hacer esta distinción: las obras más elevadas en la jerarquía literaria son las poéticas; pero también es cierto que hay obras ya del género histórico, ya del oratorio, ya del didáctico mismo, en las cuales, no de una manera principal, sino de un modo más secundario y accesorio, se manifiestan elementos estéticos nada vulgares; nadie puede negar, por ejemplo, que la Historia de la Literatura latina quedaría incompleta si no hablásemos de Cicerón, Tito Livio, Salustio y Tácito, y lo mismo decimos de la literatura griega si suprimimos a Aristóteles, Demóstenes, etc.; como la Literatura española quedaría incompleta si no hablásemos y estudiásemos a Fray Luis de Granada, Diego de Mendoza, Melo, etc. Todo esto es excelente Literatura, por más que sus autores se hayan propuesto como fin inmediato uno que no es puramente estético.

Creemos que aquí procede una clasificación respecto a las obras de que la Historia de la Literatura debe tratar; materia principal de la Historia de la Literatura son las obras de arte puro, las poéticas, la poesía en sus tres grandes manifestaciones, lírica, drámatica y épica, incluyendo en esta última, y como subdivisión, la novela; en el 2.° grupo incluímos las producciones no meramente bellas, pero en las cuales el elemento estético predomine todavía en gran manera sobre el elemento útil, como son las obras históricas, sobre todo tal como la historia se escribió entre los antiguos, en el Renacimiento y como la han entendido algunos insignes historiadores modernos. Es claro que la Historia nunca puede perder su carácter cien-

tífico, pero entre la manera de relatar los hechos un historiador que tenga verdadero genio narrativo y el que tenga un mero arquéologo o rebuscador de archivos, hay una diferencia como de la noche al día, el uno hace revivir las generaciones pasadas reconstruyendo, digámoslo así, las costumbres, los pueblos, las sociedades antiguas, mientras que el otro sólo da los materiales para que con el tiempo efectúe esa reconstrucción un historiador de verdadero genio. Pues bien, cuando la Historia se escribe como lo harían los grandes maestros resulta un género literario muy próximo a la novela y a la epopeya con la diferencia de ser real el contenido de aquélla y no serlo en éstas. Los antiguos retóricos, muy cándidamente dividían la Historia en Historia verdadera e Historia ficticia, lo que no hay para qué decir que es un desatino, pero que nos viene a manifestar las grandes relaciones, que existen entre la forma exterior de la novela y la de la Historia, y quien dice de la novela dice lo propio de la epopeya, según se trate de tiempos primitivos en que se parece más a ésta o de época más cercana en que se parece más a la novela.

Consideramos, pues, que en la Historia el elemento estético predomina sobre el elemento útil o científico algunas veces. En la Oratoria creemos que están equilibrados ambos elementos; el orador habla siempre con un fin práctico y quiere convencer a sus oyentes de la verdad o persuadirlos; cierto es que hay oradores que ni convencen ni persuaden y que sin embargo son oídos con gusto, pero ni son los más grandes oradores ni puede negarse que eso sea una degeneración del género oratorio. La oratoria, así como exige condiciones externas para su realización, implica también cierto carácter de aplicación inmediata que ningún otro género literario tiene, excepto en algunos casos, el teatro, con la diferencia que el efecto de éste es meramente escénico y el efecto de la oratoria es algo que se encamina a algo real, a las reformas de las costumbres, a procurar los cambios políticos, etc., etc. Bajo el concepto de oratoria incluímos no sólo los discursos hablados (que es la oratoria propiamente dicha), sino también aquellas otras producciones escritas que por el tono, por el calor, por la vehemencia de los afectos, se dirigen más que al entendimiento, más que a la tranquila meditación, al sentimiento, a la voluntad; en este género entran por ejemplo los admirables libros de nuestros ascéticos y de nuestros escritores místicos, que leídos y recitados en alta voz, por quien sepa hacerlo, re-

sultan admirables sermones: ejemplo de esto tenemos también en los escritos de propaganda social, política, etc. Ha habido grandes escritores modernos que no han sido otra cosa que oradores escritos, valiéndose para exponer sus ideas de periódicos y folletos: como ejemplo de estos autores podemos citar a Donoso Cortés, Proudhon, Lammenais (en su primera época), etc. Son muchos los escritores de este género que hay en todas las literaturas. La mayor parte de los discursos de Cicerón fueron escritos antes de pronunciados, por no ser posible entonces, seguir al orador, lo que no ocurre hoy, afortunadamente, merced a los taquígrafos, mediante los que tenemos la esperanza de que se conserven las oraciones. Considerando la Oratoria en su concepto más general, no solamente son los discursos improvisados, y los que lo parecen y no lo son (los discursos aprendidos de memoria), sino también todas las obras en que predomina sobre el tono tranquilo del razonamiento el tono vehemente y apasionado. Este es el tercer grupo, y finalmente el último, el cuarto género de la Literatura es el más extenso, pues apenas queda libro fuera de esta sección: es la prosa didáctica en la cual el elemento útil predomina en gran manera sobre el elemento estético; hay, sin embargo, producciones didácticas en que el elemento estético tiene gran importancia y hasta puede decirse que en todas ellas debe haber condiciones de buen gusto, que son siempre condiciones estéticas, aunque de orden inferior; cabe cierta elegancia hasta en un libro de matemáticas y aún existe cierta manera de demostrar un problema que se denomina así, *elegancia*. Así como una simple combinación de tonos suele producir elementos estéticos, y así como los puede producir una mancha de color, así también el hombre de buen gusto puede llevar éste a todas sus obras, sean éstas del género que quieran.

Aquellas ciencias que más se prestan a una exposición artística y elegante son sin duda las ciencias filosóficas en sus más elevadas manifestaciones y las ciencias naturales en su parte descriptiva; ciertos grandes sistemas filosóficos, ciertas explicaciones racionales del mundo y de la vida psicológica tienen, sin duda alguna, un atractivo estético muy parecido al de la poesía; el idealismo hegeliano, por ejemplo, no hay duda que presenta el aspecto de una grandiosa construcción arquitectónica, en la cual todo aparece ordenado y graduado, obedeciendo a una especie de ritmo interno;

la exposición del proceso hegeliano de la idea tiene valor estético, como lo tiene la Metafísica de Aristóteles, como por ejemplo el concepto de «el pensamiento que se piensa a sí mismo», los cuales, además de su valor metafísico, tienen valor estético. Y no decimos nada de los admirables Diálogos de Platón, porque esta materia se presta a ser revestida de una forma poética superior, siendo esta una filosofía que parece participa de la antigua Theogonía y que produce, por tanto, maravillosos efectos de arte, por lo cual consideran algunos, y con razón, a Platón tan gran poeta como filósofo. La Historia Natural, especialmente la Zoología y Botánica, han sido materia de exposiciones muy brillantes, y alguna de estas obras son consideradas como de Literatura; ejemplo de esto tenemos en los trabajos de Plinio, Buffon, Humbold, etc. Cabe también gran mérito en la exposición de otras ciencias, como la Política, la Economía, etcétera.

Para nosotros, el concepto primordial en todo lo que toca al arte literario es la belleza y por tanto el valor de una obra literaria, consiste en su forma, pudiéndose dar el caso, como se da, de eminentes autores, astrónomos ilustres, naturalistas célebres que han escrito muy mal, mientras que autores menos profundos han escrito admirablemente, siendo considerados desde este punto de vista, en la historia literaria, como autores eminentes. Tenemos por consiguiente que la Historia de la Literatura abraza, en primer lugar, las obras *bellas*, en segundo las obras *bello-útiles*, en el tercero las obras *útiles bellas* y en el cuarto lugar las obras *útiles*. Si se quiere reducir la división, se pueden fijar tres grupos, el de las obras bellas, el grupo de obras en las que predomina el fin bello sobre el útil, y viceversa en el tercer grupo.

Por lo que toca a los límites de nuestro estudio, además de los que están marcados por los géneros, los hay también determinados por el tiempo y por el espacio: por el espacio, la Literatura Española abraza geográficamente todo el ámbito de la Península ibérica, y más la Literatura de aquellos países donde la cultura ibérica penetró, y lo mismo las colonias de América, Asia, Africa, etc., y Portugal. Esta división geográfica implica también una división histórica: en la Península se han desarrollado varias literaturas y varias lenguas, y el desarrollo mismo de la Historia de España nos da hechas las divisiones: prescindiendo de los pueblos aborígenes de España, acerca

de cuyo punto se sabe poco, el nacimiento de nuestra literatura, hay que buscarlo en la literatura hispano-romana, época que se divide en dos, literatura hispano-romana gentílica, representada por Séneca, Lucano, etc., y la literatura hispano-romana cristiana, en la que brilló Prudencio. La literatura hispano-romana de la época visigótica, es mera continuación de la literatura hispano-romana cristiana, de manera que, en realidad, la literatura hispano-romana se divide en dos períodos, el 1.° abarca la literatura hispano-romana gentílica y el 2.° la hispano-romana cristiana, en la cual entran, lo mismo los escritores de los últimos tiempos del Imperio Romano, que los de la dominación visigoda y aun algunos de la monarquía sueva en Galicia. Continuación de esta literatura es la de los primeros tiempos de la Reconquista, lo mismo la de los cristianos independientes del Norte de España que la literatura de los muzárabes del Mediodía; en realidad la literatura hispano-cristiana comienza desde las actas del Concilio de Ylliberis hasta el siglo XII, perteneciendo por tanto a esta época lo mismo Prudencio que San Isidoro. La literatura hispano-romana tiene, pues, historia muy larga, empieza con la familia de los Sénecas (y aun si se quiere antes) y continúa hasta el nacimiento de las lenguas romanas.

Además de esas tradiciones latinas, cristianas, que son la fuente de la cultura española, hay que tener en cuenta, y es una de las cosas que dan mucha originalidad a nuestra literatura, la influencia de dos literaturas semíticas, la literatura arábiga y la hebrea, esto es, la literatura de los árabes españoles y la de los hebreos españoles.

Abarca también el estudio de la literatura española la Edad Media y llegamos al nacimiento de las lenguas romances, que como es sabido son tres, el castellano, el catalán y el portugués, en el que se incluye el gallego, como en la literatura catalana se incluyen sus dialectos. Estos tres romances dan origen a tres literaturas diversas que se han influído mutuamente, pero que no se han confundido nunca. Tal es la extensión de nuestro estudio.

En cuanto a la extensión cronológica empieza desde los primeros tiempos, desde los primeros monumentos literarios hasta... que Dios quiera.

Durante este curso estudiaremos los orígenes de la prosa: primero trataremos y buscaremos sus antecedentes en la literatura hispano-romana, después en las dos literaturas semíticas, y luego estudiaremos

las primeras manifestaciones de la prosa en cada una de las tres lenguas romances habladas en nuestra Península, llegando en nuestro trabajo hasta fines del siglo XIV.

Por lo tocante a las fuentes que deben consultarse hay que advertir que las fuentes mejores son los monumentos mismos; no hay crítica tan elocuente como la lectura del texto mismo, pero como obras históricas que pueden servir de auxiliares para estos trabajos, pueden recomendarse algunas muy excelentes. La historia de la literatura hispano-romana gentílica aparece en todas las Historias de Literatura latina, y de estas hay muchas; en alemán hay algunas muy excelentes, la de Teuffel, por ejemplo, que es muy segura en sus indicaciones bibliográficas; ha sido traducida al francés. Como libro muy importante para el conocimiento de la literatura hispano-latina cristiana, recomendaremos la Historia de la Literatura de la Edad Media, en Occidente, de Ebert. No hay para qué recomendar, por su gran importancia, la Historia de la Literatura de D. José Amador de los Ríos.

Hay también gran número de obras relativas a cada autor en especial.

Respecto a la parte semítica no podemos citar libros generales, porque no los hay, sino particulares, para cada cuestión.

* * *

Con el estudio de la literatura hispano-romana debemos comenzar nuestros trabajos, pero como antes de la invasión romana había pobladores en nuestro país, bueno será decir algo acerca de la civilización y cultura de éstos, bien poco por cierto, dado el estado actual de la ciencia.

Aunque ninguna obra literaria tenemos de esos tiempos primitivos, tenemos monumentos escritos, por los cuales algo puede inferirse respecto a las lenguas habladas por los primitivos habitantes de la Península, y por los primeros colonizadores, respecto al alfabeto, y aún ciertas noticias vagas acerca de sus primeros ensayos en algunos géneros literarios. Asunto es este, en que es muy fácil perderse, pero en el cual tampoco procede ser muy escépticos, habiendo como hay monumentos que demuestran la existencia de una cultura anterior a la romana. Claro es que aquí prescindimos de todo monumento no escrito y con ello, por consiguiente, de aquella

sección de la Arqueología llamada «Antigüedades prehistóricas», en la que se incluyen todos los restos de aquellos períodos en que no hay cronología: se considera que la historia empieza cuando la cronología comienza, y todo lo anterior pertenece a lo llamado por unos proto-historia y por otros pre-historia. Mientras no haya letras, inscripciones o monedas, la historia literaria ni aun remotamente puede intervenir.

Dejamos por lo tanto de examinar y estudiar ciertas representaciones más o menos groseras, que han creído encontrarse en algunas cuevas prehistóricas, representando animales u objetos más o menos difíciles de caracterizar, o de determinar si tales representaciones respondían o no a los signos de alguna primitiva escritura hieroglífica o de cualquier otro género; sobre nada de esto se puede tener opinión, en el estado actual de los estudios de esta clase. Igualmente prescindimos de la cuestión referente a si la población de la Península se verificó de Norte a Mediodía, como se ha creído generalmente, o si como parece hoy más verosímil fué viceversa, como lo indica la mayor abundancia de monumentos pre-históricos en el Mediodía y la semejanza de éstos con los encontrados en África, en las islas Canarias, etc. Tenemos que dejar también, en la penumbra de los tiempos ante-historicos, el nombre de las primitivas razas que poblaron nuestra Península, pues no han dejado huella alguna de su paso ni en piedras ni en monumentos de ninguna clase. Como resto antiquísimo, no de la raza que pobló toda la Península, pero sí de una de las razas más antiguas, nos queda el vasco, lengua en la que, aun cuando su vocabulario es de acarreo en gran parte, continúa intacta; sin embargo, su estructura gramatical, presentándose con caracteres muy antiguos que la aislan del grupo de lenguas de flexión, colocándola en el de las lenguas aglutinantes, aunque con marcadas tendencias hacia aquéllas lenguas, continúa siendo el *Caput mortuum* de la filología. El vascuence, hablado todavía en cierta parte de España y de Francia, no tiene monumentos literarios antiguos, ni tiene tampoco alfabeto: cuando comenzó a escribirse modernamente, empezó valiéndose del alfabeto latino, pero conservando sus propios caracteres que la asemejan algo al griego, al húngaro y al filandés y a los idiomas tártaros del Asia.

Pertenecen ya a tiempos propiamente históricos los pueblos conocidos con los nombres de íberos y celtas, entre los que no existían

radicales diferencias, puesto que ambos pertenecían al tronco indoeuropeo. Eran estos pueblos de estirpe ariana (al revés de los eúscaros, pueblo de origen turanio), teniendo alguna semejanza con los primitivos pobladores de la Grecia, Italia y Mediodía de Francia. Algunos han llegado a negar toda distinción entre íberos y celtas, suponiendo que éstos no eran otra cosa que los iberos de la montaña; pero esto no es exacto, diciéndonos la cronología que en época fijada por ella hubo en nuestra Península una invasión de celtas, procedente de las Galias, los cuales avanzaron hacia el centro, arrojando a los íberos, y mezclándose con ellos más tarde, fundaron el pueblo mixto denominado celtíbero; esta invasión se fija hacia el año 2.000 antes de nuestra era. Tenemos noticias de los iberos y celtíberos, no sólo por los historiadores y geógrafos latinos y griegos, sino también por el descubrimiento de algunos monumentos escritos, por medallas encontradas, etc.; tenemos inscripciones ibéricas y celtibéricas, monedas ibéricas y celtibéricas, monedas e inscripciones que podemos leer, pero que no entendemos todavía; se sabe ya aproximadamente el valor de los caracteres y este ha sido un gran triunfo, puesto que se ha podido reconstruir el primitivo alfabeto ibérico. No cabe duda, por lo tanto, que la población primitiva de la mayor parte de nuestra Península (exceptuando las Vascongadas y las tribus bárbaras del Norte) tuvieron un alfabeto, no indígena sino derivado de dos tipos, del alfabeto fenicio y del griego, por lo cual no podemos suponer que semejante alfabeto existiera antes de la colonización fenicia en Andalucía y antes de la colonización griega en la costa de Levante. Ya es sabido que todos los antiguos alfabetos se reducen a uno solo y que los fenicios no fueron los verdaderos inventores del alfabeto, sino los que lo propagaron por las costas del mar Mediterráneo: los modernos estudios egiptológicos y asirilógicos, han venido a demostrarnos esto. Sin embargo, diferían ya ambos alfabetos, el fenicio y el griego, cuando unas y otras colonias se establecieron en España, y ejemplo de esto tenemos en que unos escribían de izquierda a derecha y otros viceversa, lo que se observa en las monedas e inscripciones de unos y otros pueblos.

Los signos de que ese primitivo alfabeto ibérico se componía, son sumamente exóticos a primera vista, pero observando despacio sus trazos pronto se echa de ver su semejanza con los sig-

nos del alfabeto fenicio y los del griego, y por esta razón el que sepa manejar el alfabeto arcaico, fenicio y griego, puede leer la mayor parte de las letras del alfabeto ibérico; esto se ve muy claro en el cuadro comparativo que presenta Hübner (y antes que éste ya trató de esta materia D. Antonio Delgado) en el magnífico «Manual Arqueológico de la España primitiva», presentando en tres columnas los signos del alfabeto ibérico primitivo, los del alfabeto fenicio más antiguo y los de un alfabeto griego, el de las Colonias Calcidicas (parte de Italia y Sicilia), que es el más parecido al alfabeto ibérico; 300 tipos de medallas se han podido leer merced a esos trabajos comparativos. Hay algunas pequeñas variantes, como, por ejemplo, falta la B, pero hay un signo parecido a la π de los griegos, y falta también en el alfabeto ibérico la F, etc.

Las monedas existen en gran número; son 330 tipos diversos los conocidos hasta hoy: estas monedas, que podemos leer, parece contienen exclusivamente designaciones topográficas, esto es, el nombre del pueblo en que se acuñó la moneda, como, por ejemplo, Obulgo. Pero las inscripciones ofrecerían mayor curiosidad si pudieran leerse, pues quizá pasen de 40 las ya conocidas, sin contar con otras muchas que no son verdaderamente auténticas. Desgraciadamente, aunque se conocen las letras no se entiende el significado, y la cuestión queda por tanto, en pie; es de esperar que el hallazgo de mayor número de monumentos, y sobre todo el hallazgo de alguna inscripción bilingüe, esto es, en lengua indígena y al mismo tiempo en griego, en latín o en fenicio, nos abra camino, como sucedió con la inscripción de Roseta.

Las extrañas palabras de esta lengua no tienen semejanza alguna hasta ahora conocida, ni con el vascuence, como se pretendía, ni tampoco con las lenguas clásicas; sólo entendemos hoy los nombres topográficos o geográficos, y así por ejemplo sabemos cuáles eran las *Cecas* (fábricas) monetarias, porque corresponden a puntos determinados y conocidos por nosotros, merced a los escritores antiguos que trataron de estas materias. Quedan sin embargo en claro dos cosas, que los pueblos indígenas de España no conocían el uso de la moneda, y que ésta fué introducida por la contratación fenicia en Andalucía, y por la griega en la costa de Levante; no conocían tampoco el alfabeto.

Nuestros antiguos arqueólogos no solo no entendían estos mo-

numentos, sino que ni siquiera los podían leer, y los primeros que intentaron un sistema de interpretación, como, por ejemplo, D. José Velázquez en el siglo pasado, tropezaron con el inconveniente de no haber estudiado el alfabeto arcaico fenicio, y el griego; de manera que, ya por el error anterior, ya por la quimera del euskarismo, se apartaron de la verdadera lectura de estas inscripciones. Todavía hay signos, cuya filiación no ha podido determinarse, pero son ya relativamente pocos.

Es claro que pueblos que tienen un alfabeto, no pueden ser enteramente incultos por este solo hecho; además vivieron en contacto con pueblos adelantadísimos como los fenicios y los griegos.

Tenemos noticias muy importantes de los escritores antiguos, y así por ejemplo nos dice Strabon que los Turdetanos poseían leyes escritas y poemas muy antiguos, que hacían remontar a la antigüedad no menor de 10.000 años. Poseían, pues, una cultura legislativa, y poseían también una poesía propia, indígena; ni de las leyes ni de los poemas ha quedado nada; sólo hay ciertas fábulas referentes a los reyes primitivos de España, que son vestigios de tradiciones poéticas perdidas, como por ejemplo la de Justino, la leyenda del rey Gargoris y Avidis, el primero de los cuales fué llamado Melícola por ser el primero que descubrió el obtener la miel, y su nieto Avidis, que según la leyenda fué amamantado por una loba y con circunstancias análogas a las de otros reyes de Italia y Grecia. Otra leyenda parece ser un resto de esas primitivas tradiciones poéticas de los Turdetanos. Esta leyenda es la de la batalla naval del rey Theron contra los fenicios de Cádiz.

Algunos de nuestros antiguos historiadores, como Florián, por ejemplo, han creído que estas leyendas eran vedaderamente históricas y no es así. Un libro reciente y muy ingenioso de don Joaquín Costa, ha estudiado de una manera muy discreta esos primitivos restos de la tradición épica nacional, y ha procurado darles el verdadero valor que tienen, comparándolos con otros testimonios sacados de las lecturas de los historiadores clásicos.

Como quiera que sea, de la poesía no vamos a ocuparnos en este año, y si nos hemos detenido algo, ha sido porque al hablar de los primitivos pueblos, deben recogerse los restos que queden. En cuanto a las leyes, no sabemos positivamente si estaban en prosa o en verso, por más que esto último es lo verosímil, porque en

aquellos tiempos la prosa era un género artificial, comparada con el verso, y el mismo nombre de ley, *nomos,* se aplica al canto, lo que resulta comprobado, porque la ley se recitaba con cantar solemne, canturia: era pues, un *nomos* la ley antigua, un *carmen;* y en los más primitivos monumentos de derecho romano, se encuentran vestigios de estos *carmenes.*

Nada nos ha quedado de los primitivos pueblos de España, más que esas inscripciones y medallas, como nada nos resta tampoco de los pueblos del Norte de España, y solo sabemos por afirmarlo Silo Itálico, que los gallegos poseían cantos que acompañaban golpeando las lanzas sobre los escudos, y lo mismo se dice respecto de los Cántabros. Asclepiades pudo aprender algunas de esas raras leyendas, de los Turdetanos, porque éstos, a diferencia de los demás, conocían la escritura.

Es lástima que no tengamos un libro especial sobre la Mitología de España, pues es grande el número de dioses de esas épocas, Dovélico, Neto, Netare, nombres que son extraños a la mitología clásica, si bien después de la reconquista se procuró asimilar estas divinidades a las clásicas, y así por ejemplo, a Abandua se le llama compañero de Marte.

No tenemos noticias de ningún escritor ni de ningún poeta de las Colonias griegas Españolas, ni sabemos tampoco que existiese copia alguna de un texto de Homero, como había en Marsella, pero es de presumir que las Colonias derivadas de esta última, tuvieran el mismo grado de cultura.

A falta de elementos literarios, cuyo valor y número no podemos determinar, sí se puede afirmar que lo mismo los fenicios que los griegos trajeron nuevos elementos lingüísticos, que de un modo o de otro influyeron en las evoluciones filológicas de nuestro país; los fenicios eran un pueblo semítico, y en cuanto a los cartagineses, colonia fenicia de Africa, hablaban un dialecto denominado púnico, cuya principal particularidad consistía en estar mezclado su vocabulario con el de los númidas, tribu de Africa y de esta particularidad resultó cierta variedad dialectal que distingue al púnico del fenicio, propiamente dicho.

Las colonias griegas de Levante representan la primera influencia del mundo clásico, en nuestro país, y es muy verosímil, a juzgar por la rapidez con que después de la conquista romana se extendió la len-

gua latina en España, que las lenguas habladas por los pueblos primitivos, en el mediodía y centro de nuestro país, debían tener mucha semejanza con las lenguas clásicas, si no con el griego y latín, con la lengua de los pelasgos, por ejemplo, de otro modo no se concibe que desaparecieran esas lenguas y que tan poco rastro hayan dejado de sí en las futuras lenguas neo-latinas: sólo han quedado algunas cuantas palabras aisladas de esas lenguas indígenas de nuestro país; sólo ha quedado la toponimia.

La colonización romana empezó por borrar las primitivas lenguas de la Península, exceptuando el vascuence, que aún hoy se habla y que ha permanecido en nuestro país, ni influyente ni influído. En el siglo primero de nuestra era, comenzaron a aparecer los grandes escritores hispano-romanos, período denominado edad de plata y período en que brillan los Sénecas; en esta época debían quedar muy pocos rastros de las lenguas primitivas.

No se comprende, repetimos, que habiendo costado tanto a Roma la conquista de España, en el espacio de 4 ó 5 siglos escasos desapareciesen totalmente las lenguas indígenas, y que por el contrario se presente una eflorescencia de cultura latina, como se observa en Séneca, Marcial, Quintiliano, etc., escritores que llegaron hasta influir en la Literatura romana misma. Sólo se explica esto con la semejanza que existiera entre la mayor parte de los dialectos hablados por las tribus ibéricas, y las lenguas clasicas.

Los fenicios y cartagineses representan la cultura semítica, y los griegos de la costa de Levante la primera cultura clásica anterior a la romana. No existen documentos literarios, aunque sí escritos, anteriores a la dominación romana: los más antiguos autores hispano-latinos son Lucio Cornelio Balbo y Cayo Julio Hijino. Tenemos monumentos de epigrafía jurídica romana, y entre estos hay uno muy antiguo, el Bronce Lascutano (que es un Decreto de Lucio Emilio); tenemos también la Lex de Salpensa, la de Malaga, la ley colonial de Osuna, la *Lex coloniae genitivae Juliae,* el Bronce de Bonanza y la admirable *Lex metallorum Vipascensis.* Hay dos inmensos volúmenes de inscripciones publicadas por la Academia de Berlín; hay, pues, una ley colonial, dos leyes municipales, una ley de carácter especial (la Lex metallorun), un formulario jurídico, el Pactum fidutü. Aparte de esto, es grande el número de inscripciones métricas, de las que no nos ocuparemos por ser nuestro objeto en este curso, la prosa.

Ya hemos dicho que no quedaba ningún monumento ni de la actividad intelectual de las colonias fenicias en España, ni tampoco de las colonias griegas; pero hay que advertir que al mismo tiempo que los primeros escritores hispano-latinos, florecieron en España algunos escritores griegos, tales, por ejemplo, como los viajeros Asclepiades y Artemidoro, de cuyos viajes se aprovechó mucho Strabon, quien no vino nunca a España; y hay sobre todo un filósofo gaditano, Moderato, que escribió en lengua griega y de quien nos hablan Porfirio y Simplicio, y al que no hay que confundir con Columela. No han llegado hasta nosotros las obras de Moderato, pero queda mucho de ellas en las de Porfirio y Simplicio; tiene muchas analogías con Séneca, y por tanto cuando hablemos de éste nos ocuparemos también de Moderato.

Llegamos ya a los autores propiamente dichos los más antiguos, y de los que todavía exiten algunas obras, nos referimos a Lucio Cornelio Balbo, y a Cayo Julio Hijino. El primero era gaditano y hay que tener en cuenta que hubo dos escritores de ese apellido, tío y sobrino, el primero amigo de Julio César, habiéndose conservado entre las cartas de Cicerón, algunas de aquél, que no desmerecen de las de éste. Se mantuvo neutral en política hasta que se decidió por el partido de César, llegando a ser gobernador de varias provincias y, entre éstas, de Sicilia y África, llegando a enriquecerse de tal suerte en estos cargos, que en su testamento pudo hacer un legado personal a cada ciudadano romano. Tenía mucho ingenio y agudeza, y manejaba la lengua con gran pureza. Repetimos que no hay que confundirlo con un sobrino suyo, que fué el primer extranjero que obtuvo en Roma las insignias del triunfo, así como su tío fué el primero que obtuvo la dignidad de cónsul. Con estos dos (tío y sobrino) empieza ya la invasión en los cargos más principales en Roma, de los españoles, invasión que va extendiéndose hasta que destruye la antigua ciudad romana, convirtiéndola en el Imperio Romano, esto es, en una comunidad de derecho extendida por todos los pueblos que formaban parte de esa inmensa agrupación.

Uno de los resortes de la política de César para acabar con la influencia del elemento patricio en Roma, fué el dar entrada en el Senado a todos los extranjeros, y uno de los que entraron entonces fué Lucio Cornelio Balbo, hombre más bien político que escritor de profesión.

Cayo Julio Hijino, sabemos que era español, según nos lo cuenta Suetonio, que es único de los antiguos que nos ha trasmitido su biografía. Era un gramático, un retórico y fué el primer bibliotecario de la famosa biblioteca Palatina que estableció Augusto en el monte Palatino. Sus trabajos fueron, pues, de erudición, y así, por ejemplo, podemos citar uno de comentarios sobre algunos poetas, y especialmente sobre Virgilio; tiene otros trabajos de erudición histórica, como, por ejemplo, el de la topografía de las ciudades de Italia, cuyos trabajos siguió a Varrón; tiene tratados de agricultura y de astronomía, materias que había cultivado de un modo erudito, puesto que Hijino no era astrónomo ni geógrafo; era un erudito, un arqueólogo y, al mismo tiempo, era lo que los antiguos llamaban un gramático, que venía a ser en aquella época, lo que hoy un profesor de literatura: el gramático entonces tenía por principal oficio el aclarar la inteligencia de los autores tenidos por clásicos. Tenemos, pues, de Hijino dos libros, uno de Mitología, «Las Fábulas», que no son tales fábulas, sino un tratado de Mitología; y el otro, un tratado de Astronomía, titulado «Poética Astronómica».

El estilo de esas dos obras es bastante bárbaro y rudo, por lo que, aun cuando han sido atribuídas comúnmente a Hijino, hoy hay muchos escritores que se inclinan a creer que esas dos obras tal y como han llegado hasta nosotros, no son otra cosa que compendios de aquellas obras, hechos en época muy posterior a la del autor, y para uso de las escuelas: es desconocido el autor de este trabajo. Esta hipótesis nos parece muy aceptable, porque si no, no se explica cómo Hijino, que tuvo gran reputación en su época, pudo escribir obras de forma tan ruda y poco cuidada.

«Las Fábulas» tienen para nosotros el valor inmenso de contener un gran número de tradiciones perdidas y muchas de las cuales parecen derivadas de tragedias griegas perdidas hoy: aunque de una manera muy descarnada, en este libro se conservan los argumentos de alguna de las obras del Teatro Antiguo que hemos perdido hoy. La erudición que se ve en esta obra es, pues, muy importante.

Probablemente en el siglo V hubieron de ser refundidos estos libros para hacer un epítome que sirviera de uso en las escuelas. No solamente contenía este tratado de las fábulas restos de tragedias griegas, como ya hemos dicho, sino restos de poemas épicos griegos, perdidos también, habiendo explotado el autor a Homero y a He-

siodo. Son por lo tanto muy curiosos, por más que no sean muy agradables de leer, y han sido objeto en nuestros tiempos, y especialmente en Alemania, de notables comentarios y monografías.

En cuanto al libro de Astronomía de Hijino, se conservan las interpretaciones que los Gramáticos daban de los pasajes de Astronomía: por este tratado puede inferirse el estado de los conocimientos en esta materia, de aquel tiempo, por más que el autor era un dilletantti en Astronomía. Las principales fuentes de que se valió en esta materia fueron Eratóstenes, y los Scolios de Arato. El primero fué uno de los más insignes matemáticos y astrónomos de la escuela de Alejandría.

Nótase que el autor, Hijino, trabajó después de Eratóstenes y antes que Plolomeo. Creemos que el largo debate respecto a la autenticidad de estos dos libros de Hijino, se puede resumir en lo siguiente: Hijino escribió esos dos tratados que quedaron de uso en las escuelas y que se fueron abreviando y amoldando a las necesidades de los tiempos, quedándose reducidos a secos epítomes, que son los que han llegado hasta nosotros; debieron escribirse en el siglo I por Hijino y el extracto que ha llegado hasta nosotros debe ser del siglo V.

Del autor sólo sabemos lo que Suetonio nos dice en el capítulo X de su libro «Ilustres gramáticos», esto es, que lo creían Alejandrino, pero que no lo era, y que fué discípulo e imitador de Cornelio Alejandro, gramático griego a quien denominaron los antiguos el Polihisto (el que sabe muchas historias), y de aquí dice Teuffel el sobrenombre de Alejandrino. Fué prior o jefe de la Biblioteca del Palatino y se dedicó a la enseñanza, y entre sus discípulos tuvo a Ovidio y a Clodio Surinio.

Tuvo un liberto, Julio Modesto, que siguió sus huellas. El modelo que se propuso seguir Hijino fué Varrón, el gran anticuario romano, y así se observa en la paridad que hay en los títulos de las obras de uno y de otro, como, por ejemplo, «De situ orbis»... «De viris ilustribus», un comentario a Virgilio. Todas estas obras de Varrón son parecidas en los títulos a otras de Hijino.

Después nos encontramos con una legión de retóricos y declamadores, venidos especialmente de la Bética y que en los primeros tiempos del Imperio producen una revolución en Roma, llegando a formar escuela y acabando por salir de entre ellos dos o tres escri-

tores sobresalientes; sobre todo, un poeta y un prosista, Séneca y Lucano, y antes de éstos, Porcio Latron, Turrino Clodio y Marco Anneo Séneca, fundador de la dinastía de los Sénecas, seguido por sus hijos Marco Anneo el Novato, Lucio Anneo Séneca y el nieto del primero, Lucano, el mayor poeta de la decadencia latina, así como Séneca (el padre) fué el mejor prosista de aquella época y uno y otro, representantes de la edad de plata de la era romana.

Para formarnos idea de este movimiento, en el que se mezclaba la corrupción de lo antiguo con un elemento nuevo traído de las colonias, tenemos un libro muy apropósito y útil, la colección de las «Controversias y Suasorias» de Marco Anneo Séneca, libro que escribió para sus hijos, y en el cual transcribió párrafos enteros de algunos oradores y declamadores que conservaba el autor en su feliz memoria. De entre estos autores transcritos tenemos uno español, Porcio Latron.

El género que estos autores cultivaron, no era ya la oratoria propiamente dicha; la oratoria en sus manifestaciones más altas había enmudecido, arrastrada por la caída de la República romana. Aquel Foro tan ilustre y celebérrimo en otro tiempo, estaba desierto y por si esto no fuera bastante, las proscripciones habían acabado con la Oratoria propiamente dicha; pero los hábitos oratorios quedaban y aun dentro del nuevo régimen social traído por el Imperio, aún quedaba cierto simulacro de ella en las Asambleas, en las Academias, y especialmente en el Senado, puntos en los que se le continuaba rindiendo un culto artificial. Estas escuelas de declamación, las escuelas de retórica, habían venido de Grecia y eran la última herencia de las escuelas de Filosofía. Durante los tiempos del Imperio y favorecidos por el abandono de las antiguas instituciones y por la indiferencia y apatía que se observaba en cuanto a los negocios públicos, esas escuelas de declamación alcanzaron una vida extraordinaria aun dentro de lo falso del género. La declamación es una especie de simulacro de la oratoria propiamente dicha y en vez de pronunciarse estos discursos en las Asambleas o Comicios, se pronunciaban en la palestra de las escuelas: el asunto era, pues, falso, eran causas fingidas y a ellas se aplicaban todos los recursos retóricos que los oradores encontraban en los tratados y manuales que corrían de mano en mano. Como se ve, pues, faltaba el elemento principal, el nervio, digámoslo así, de la acción, la vida, porque dicho se está, que por muy potente

que fuera el genio de los oradores, no podían dar vida y comunicar interés a un asunto que no la tenía, a un asunto falso, en una palabra.

* * *

Decíamos el último día que los oradores de escuela, llamados entonces en Roma declamadores, cultivaron un cierto género de Oratoria ficticio, no aplicado a los grandes intereses de la vida, sino al placer estéril de los oídos, y dentro de los muros del aula; es la falsa oratoria que en Roma sobrevivió a la caída de la República, cuando el Senado era dócil instrumento de la voluntad imperial, y se celebraban las gracias del César, mediante discursos laudatorios.

Después que Augusto trasmitió a su persona, por la Lex regia la plenitud de la soberanía, faltó a la Oratoria política su principal elemento y faltaron las lucha antiguas del Foro.

Por otra parte, los últimos tiempos de la República fueron calamitosos para los grandes oradores y el recuerdo de la cabeza ensangrentada de Cicerón, no era seguramente el mejor estímulo para los oradores. Respecto a la oratoria forense fué ahogada por el derecho romano, estando sujeta en Roma a un conjunto de fórmulas especiales, a una especie de terminología dentro de la que cabían ya pocos recursos al orador; lo cierto es que así la oratoria política como la forense parece que desaparecen como por encanto después de la muerte de Cicerón y se guarece en las Escuelas donde había candidatos a la vida, pero que, como eran ficticias las causas, faltaba el vigor de la verdadera elocuencia.

La enseñanza entre los romanos, prescindiendo de la del derecho, la enseñanza literaria estaba reducida a la que podían dar los gramáticos, los retóricos o los filósofos: la enseñanza de los primeros tenía un carácter de erudición, de interpretación de los textos de los autores tenidos por clásicos, comentándose, por ejemplo, a Virgilio, a Cicerón, etc.; facilitando los medios necesarios estos gramáticos para poder leer a esos grandes hombres con fruto. La enseñanza de los retóricos tenía ya un carácter distinto, venía a ser una especie de simulacro o de parodia de la Oratoria, y se ejercitaba sobre causas fingidas, conflictos raros, sobre conflictos entre dos deberes: algunos ejemplos bastarán, respecto al título, para indicar la naturaleza de estas causas; no son más que títulos de algunas declamaciones que nos conserva Séneca «El raptor de las mujeres», «El

Sepulcro encantado», «La casa abrasada, juntamente con el tirano» (si es delito quemar la casa o matar al tirano), «La cruz del siervo».

Todo esto era enfático, como se observa sólo por los títulos. Tenemos la enseñanza de los filósofos, enseñanza que en Roma tuvo un carácter puramente ético y que se dirigía más a la voluntad que al entendimiento, y menos a la filosofía pura que a sus aplicaciones, porque los romanos eran uno de los pueblos peor dotados para el cultivo de la Metafísica, ni su carácter ni su historia les preparaba para el cultivo de la filosofía griega, prefiriendo siempre la parte de aplicación y especialmente la Etica, y por lo que toca a las artes del Imperio, ellos creían, y con razón, haber alcanzado un resultado mayor que el obtenido por los filósofos griegos por el procedimiento discursivo. Esta enseñanza de los filósofos estaba representada sobre todo, por los estoicos, aunque había también algunos peripatéticos.

Dado el carácter eminentemente práctico que habían dado a sus doctrinas los romanos, tendiendo únicamente a resolver el problema ético, que era el que les preocupaba, tenían que ser, naturalmente, ajenos a las doctrinas ontológicas y a la filosofía de la naturaleza.

En el segundo de esos tres grupos de enseñanzas que hemos examinado, hay que colocar a la mayor parte de esos retóricos venidos de la Bética, entre los que nos encontramos a Porcio Latron, el más antiguo de todos, puesto que comenzó a declamar en los tiempos de Augusto.

Alcanzó la verdadera elocuencia, y únicamente la desgracia de haber nacido en su tiempo, le impidió elevarse más y tuvo que contentarse con la elocuencia llamada *umbratil:* Podemos citar también a Cornelio Hispano, Junio Galion y Marco Anneo Séneca, el retórico, padre del filósofo, y que a la avanzada edad de noventa años coleccionó sus Controversias y Suasorias para enseñanza de sus hijos. Esta obra ha sido hasta ahora juzgada por muchos críticos con gran ligereza y de un modo superficial, por la sencilla razón de que muchos no la han leído, lo que después de todo no tiene nada de extraño, porque es un libro muy fastidioso y además ofrece a cada paso lagunas e interpolaciones. Gracias a los esfuerzos de la erudición alemana se va viendo la luz, pero todavía hay muchos pasajes que son verdaderos rompe-cabezas para todo el que intente hacerse cargo de toda esa literatura declamatoria. Hay que distinguir aquí

en esta obra dos cosas, los prólogos, que son del autor, y en los que hace el juicio de los oradores (entendiendo esta palabra como declamadores) que había oído en su juventud, y de otro lado hay que tener en cuenta el texto de las mismas declamaciones, texto que no estaba escrito y que había conservado casi íntegramente Séneca, merced a un esfuerzo de su poderosa memoria.

Entre los fragmentos conservados por Séneca hay muchos de españoles, como por ejemplo de Porcio Latron, natural de Córdoba e íntimo amigo del autor, a quien, en el prólogo de una de sus Controversias, Séneca le describe diciendo: «Que su elocuencia era fuerte y agreste, como de varón indómito, que no había podido olvidar el hábito español (calidad que se observa luego en los versos de Lucano y en la prosa de Séneca el filósofo); nada había más grave que aquel hombre, nada más digno que su elocuencia y nadie enseñó y dominó tanto su propio ingenio como él. Le faltaba moderación en todo (carácter este muy propio de nuestro país, en que hay cierta especie de intemperancia en el modo de producir), pues no sabía ni interrumpir el estudio cuando se ponía a ello ni volver a él cuando le había abandonado, y cuando se disponía a escribir juntaba los días con las noches hasta haber acabado su trabajo, y cuando abandonaba el estudio se entregaba a todo género de placeres y fiestas. Muchas veces iba a las montañas y a las selvas y aventajaba a todos los nacidos en aquellas selvas y montañas en su paciencia para tolerar los trabajos y en su habilidad para la caza, llegando a cobrar tal afición a este ejercicio, que luego no sabía volver a sus antiguos estudios; pero cuando volvía a ellos después de un largo intervalo, lo hacía con más acritud y vehemencia, pareciendo entonces que mostraba una fortaleza nueva y como reintegrada, expresando todo lo que quería decir. No sabía administrar su fuerza y había que prohibirle el estudio porque no sabía contenerse, sintiéndose cansado algunas veces por este usado y nunca interrumpido esfuerzo, cansancio del entendimiento que no es menor que el del cuerpo. Este era sólido por naturaleza y enderezado, obedeciendo siempre a los ardientes mandatos de su ánimo. Su voz era robusta, pero sorda por el mucho ejercicio que había hecho de ella, y obscura por negligencia, no por naturaleza; nunca tuvo cuidado de ejercitar su voz. Era fuerte, agreste, no pudiendo olvidar jamás las costumbres españolas.

Tal era este orador que tuvo que reducirse a esa absurda oración de escuela. Uno de sus discípulos fué el famoso poeta Ovidio, siendo esta una de las razones por las que ha pasado a la Historia literaria el nombre de ese orador andaluz.

Entre los oradores de que se ocupa Séneca hay otros dos españoles, Cornelio Hispano y Junio Galión, el padre, denominándose así para distinguirle de un hijo de Séneca llamado también Galión y que había sido adoptado por Junio Galión.

El carácter de la elocuencia de Galión (padre) no se parece en nada ni al de Porcio Latrón ni al de otros autores españoles, porque era muy dulce y contrario por tanto el carácter de éstos; fué íntimo amigo de Séneca el Retórico y adoptó a uno de sus discípulos, hijo de Séneca, que fué Pro-pretor en la Galia. Los restos de las declamaciones de este retórico se encuentran en la colección formada por Marco Anneo Séneca, el Retórico.

Durante toda o casi toda la primera mitad del siglo I.° del Imperio, después de la época de Augusto y ya desde los tiempos de Tiberio, lo que domina es este gusto sostenido por la familia de los Sénecas, Marco Anneo Séneca, Lucio Anneo Séneca, el filósofo, Lucano y Galión, todos nacidos en Córdoba. Generalmente se ha supuesto que esta especie de invasión de retóricos y poetas españoles en Roma, determinó una decadencia grande del gusto, precipitando la caída de las letras latinas y lanzándolas por los abismos del énfasis, de la ampulosidad que suponían historica y propia de la raza española; pero quien atentamente considere la historia de las letras latinas después de la era de Augusto, fácilmente comprende que hay que rebajar mucho en todas estas acusaciones que se lanzan contra los escritores hispano-romanos, como si ellos hubieran sido los únicos autores de la decadencia y como si ésta no se echara de ver en los mismos monumentos clásicos de la edad de oro de las letras latinas.

La literatura latina era por su propia naturaleza una literatura artificial, una literatura de imitación griega que había producido obras maestras, obras admirables en todos los géneros, pero que carecían de la savia y de la vida popular, necesarias para mantenerse largo tiempo en su primitiva pureza, así es que la literatura latina es una de las más breves que la Historia nos presenta: la edad de oro de las letras latinas es un período muy breve que sólo abarca los úl-

timos tiempos de la dictadura romana y el reinado de Augusto, exceptuando únicamente a Tácito, época en que brillan Virgilio, Horacio, Catulo, Propecio, Ovidio, etc. Pasados éstos, la decadencia vino muy rápidamente, decadencia que ya es visible en Ovidio, que en rigor es el primer poeta de aquélla, y lo único que pudieron determinar los escritores hispano-romanos, ora en prosa, ora en verso, fué una distinta manera de decadencia, pudiendo hasta decirse que trajeron a la Literatura latina un poco de hierro. La decadencia de aquellos es la decadencia que vemos en Fedro, o dulce y lánguida que vemos en Ovidio y la de los escritores españoles era brillante en cuanto a la expresión.

Dentro de la decadencia los escritores españoles formaron escuela e impusieron su gusto en el cual había algo de más viril y fuerte que lo que podía presentar el arte de Roma entonces.

Marco Anneo Séneca, el retórico, no puede ser considerado en rigor como un representante genuíno de estas tendencias: no tiene la originalidad de pensamiento que su hijo ni que su nieto, es sencillamente un crítico de buen gusto, educado todavía en la tradición clásica y un hombre que había alcanzado los buenos tiempos de la oratoria antigua y que lejos de ser propagador del mal gusto, como decían sus detractores, fué por el contrario un archivo viviente de las tradiciones de otros siglos. Fué escritor muy serio y escribió una larga Historia que por desgracia se ha perdido: la fortuna, que es muy caprichosa en esto de conservar y perder obras, ha dejado perder esa magnífica obra histórica de Marco Anneo Séneca, que abarcaba desde el principio de las guerras civiles hasta el día de su muerte, y nos ha conservado en cambio las Controversias y Suasorias.

Lo único que en esta obra le pertenece, esto es, los prólogos en que hace el retrato de los oradores, le honran mucho y le presentan tan puro y rígido como al mismo Quintiliano: Esta colección no ha llegado íntegra hasta nuestros días, y se divide en dos partes, Controversias y Suasorias, incluyéndose en las primeras las de asunto judicial y en las últimas las de carácter político y otras. De los diez libros sólo tenemos el primero, el segundo, el séptimo, el noveno y el décimo, pero nos ha quedado un epítome formado en el siglo IV de nuestra era. Las controversias empiezan con un prólogo de Séneca dirigido a sus hijos: «Me pedís que os diga lo que siento

de los declamadores que florecieron en mis tiempos y que os reuna algunos fragmentos suyos, si es que todavía no se me han borrado de la memoria; pero como ya la vejez me ha ido despojando de tantas cosas: me ha disminuído la vista, entorpecido el oído y me ha quitado la fortaleza a mis nervios, una de las cosas que hemos perdido ya, es la memoria, que es de las más frágiles y de las primeras en que se sienten los efectos de la vejez; no niego que en algún tiempo floreció tanto en mí la memoria, que no solamente me servía para el uso diario y continuo, sino que parecía una especie de milagro, porque podía recitar dos mil nombres por el mismo orden que me los decían y cuando cada uno de los que venían a las lecciones de nuestro común Preceptor, me decía un verso, aun cuando fueran más de doscientos, podía repetirlos empezando por el último y acabando por el primero, y no solamente era feliz mi memoria para abarcar todo lo que quería, sino también para retenerlo, pero ahora, cansado por la edad y por el largo descuido, ha llegado a tal punto que aunque pudiera todavía serme de algún servicio, no puedo responder de ella, porque hace mucho tiempo que no la he usado; pero puesto que os empeñáis, veré a ver lo que puedo hacer y lo haré con cuidado; en parte espero bien de ella porque todo lo que deposité y confié en mi memoria cuando niño o cuando joven me lo trae, me lo recuerda como reciente, sin dificultad ninguna y como si lo hubiera oído ahora, pero si alguna cosa la he confiado en estos últimos años, de tal modo lo perdí y olvidé como si me pareciera cosa nueva. Con mi memoria, por consiguiente, procuraré complaceros hasta donde pueda.

Y no solo me preguntáis sobre los que habré oído, sino sobre aquellos que no habré alcanzado; sea como quiera, soy viejo y me mandáis a la escuela: tengo que someterme al capricho de mi memoria, que ya me obedece de un modo muy precario».

Su hijo el filósofo se preciaba también de tener gran memoria. En efecto, a no haber tenido Séneca el retórico esa gran memoria, no se concibe que hubiera recordado, poco menos que íntegramente algunos trozos de los discursos de esos oradores, porque hay que advertir que no conocía las notas tironianas (que Cicerón usaba), único medio que había entonces de retener la palabra de los oradores.

En ese prólogo se advierte una gran pureza de latinidad y un

gusto muy clásico, sin ninguna concesión a la decadencia reinante. Era un prosista de la buena escuela y formado en la Literatura de Cicerón, inspirándose en los tres diálogos de oradores y trazando a imitación de Cicerón semblanzas como las que este trazó en su diálogo titulado «Bruto».

Fué, pues, un verdadero azote del mal gusto, en contra de lo que dicen sus detractores, notándose más independencia en Séneca que en el propio Quintiliano.

Por todas estas razones, este libro de Séneca, aun mutilado ya, ha sido objeto de grandes disquisiciones modernamente, y tiene una particularidad importante, la de que muchos de esos argumentos de causas fingidas, que son verdaderas novelas, fueron explotados en la Edad Media, y ejemplo de esto tenemos en el «Gesta Romanorum» y Friesländer ha demostrado esto perfectamente. Véase, pues, como hasta para la historia de los orígenes literarios tiene alguna curiosidad este libro.

Vamos a estudiar ya a Séneca el filósofo, hijo del anterior y la mayor gloria de su época, llegando a oscurecer a Séneca el Retórico. Pero antes es preciso decir algo acerca de dos autores españoles, cuyo gusto y estilo se diferencian profundamente de los demás escritores que pertenecen a la mejor escuela de la prosa clásica, y que aunque nacidos en la Bética, no participan de ninguna de las condiciones del estilo característico en la familia de los Sénecas. Estos dos escritores, enteramente de escuela clásica, aun cuando florecen dentro de la edad de plata, por su gusto más bien pertenecen a la edad de oro, y son un geógrafo y un geopónico: el uno es Pomponio Mela, el geógrafo, y el otro Lucio Junio Moderato Columela, tratadista de Geografía el uno y de Agricultura el otro, y ambos naturales de Andalucía. El libro del primero, que es un tratado de Geografía descriptiva, entra más bien en el grupo de las obras históricas, grupo que no es objeto del presente curso porque en él no hablaremos sino meramente de la prosa didáctica, y aunque la Historia tenga un aspecto didáctico, sin embargo tiene condiciones más artísticas que la Oratoria, y la que más relaciones tiene con la poesía narrativa es la Historia; pero como al mismo tiempo se trata de una obra didáctica, de una especie de manual o compendio, y además es el único tratado de su género en la antigüedad latina, y como además Pomponio Mela no tuvo tampoco antecesores, según él mismo nos indica en su prólo-

go «emprendo trabajo hasta ahora no seguido por los romanos», de aquí que digamos algo acerca de este escritor, aun cuando, repetimos, no caen sus trabajos dentro de nuestra esfera de acción.

Los romanos, en efecto, no se habían dedicado a esos trabajos de Pomponio Mela, porque de la ciencia solo buscaron las aplicaciones útiles, según ellos mismos decían, excepción hecha del Derecho Romano; ni en las ciencias especulativas, ni en filosofía, ni tampoco en las ciencias del cálculo, ni de la observación y experimentación, trabajaron los romanos por cuenta propia, sino que se limitaron a hacer extractos y compendios de los libros griegos, añadiendo solamente ciertas declamaciones morales que creían ellos que era el único fruto que podía sacarse del estudio o contemplación de la naturaleza.

La misma falta de originalidad que en otros ramos de la ciencia pura se observa en Roma nótase también por lo tocante a la Geografía: solo hay un geógrafo en Roma con las dos circunstancias de ser extranjero (español de nacimiento) y un compendiador que hacía extractos de obras; y se ha de observar el carácter nada científico de esta obra de Pomponio Mela, puesto que la base de la Geografía o sea de la Cosmografía, era materia ignorada para Pomponio Mela, como para la mayor parte de los Romanos. Ni ese escritor citado, ni Plinio, son en este punto más que un eco muy vago de la ciencia de Alejandría: Plinio es un compendiador de la Historia Natural, y Mela lo es a su vez de la Geografía, no siendo otra cosa sus tres libros «De Situ Orbis» que un manual de descripción de la tierra. La Orbis Pictas de Agripa y la magnífica obra de Ptolomeo, no fueron conocidas, al parecer, por Mela, y la principal importancia del libro de éste, es la singular pureza de su latinidad y la concisión y sencillez de su estilo. De Pomponio Mela solo nos consta la patria, y esto porque él incidentalmente nos lo dice al describir las costas de Andalucía. Después de hablar de Carteya, habla de Tirgentera, donde dice que nació y cuyo nombre histórico no se encuentra en otro texto, por lo que ha hecho dudar a algunos de la verdad de ese pasaje, no faltando quien ha dicho que no es Tirgentera, sino Melaria, cerca del Estrecho, donde nació. No se puede rechazar Tirgentera por la única razón de que no se encuentre dicho nombre en otro texto, porque son muchas las poblaciones en la España romana y anteromana, cuyos nombres constan en un solo texto geográfico, y se admiten; la edición de Parcey (que es la mejor) de las obras de Mela, admite Tirgentera, nombre

que además está en relación etimológicamente con otros nombres de la antigüedad, como Tingir, Tánger, etc. Estas colonias debían ser fenicias, como Melaria y Carteya. Nació, pues, Pomponio Mela en un pueblo inmediato al estrecho de Gibraltar, llamado Tirgentera, cuya correspondencia actual no la sabemos a ciencia cierta. Aunque su patria española no constara tan evidentemente, todavía podría confirmarse por las descripciones relativamente detalladas que da de nuestro país, descripciones que denominamos detalladas, no porque lo fuesen en sí, porque al fin y al cabo la obra era un compendio, sino porque eran más extensas que las que dedicaba a otras regiones.

Algunas frases del proemio indican el carácter especial de la obra: el autor parece que tuvo un mapa a la vista y a él se ajustó en sus disquisiciones. Se propuso hacer un compendio claro y breve, reservándose para más adelante hacer un trabajo más completo, pero a pesar de la brevedad, el libro es muy importante, aun bajo el aspecto científico, porque en primer lugar nos da hasta 1.500 nombres geográficos, muchos de los cuales no se encuentran en Strabon, ni en Ptolomeo, ni en las fuentes más usadas antiguamente, lo cual indica que Pomponio Mela se valió de buenas fuentes y mapas. Apesar de la extrema concisión de la obra, tiene, sin embargo, Mela el mérito de amenizar sus asuntos mediante oportunos recuerdos históricos, y así, por ejemplo, al hablar del monte Isa, el autor intercala una leyenda mitológica. Estos recuerdos históricos, estas leyendas sirven para aligerar en algún modo la sequedad propia de un mero catálogo geográfico.

¿Cuáles fueron las fuentes de Pomponio Mela? Es difícil determinarlas: él solo cita tres. Aumon (el Itinerario de éste), a Cornelio Nepote, autor de una gran obra histórica-geográfica en cinco libros, obra que desgraciadamente se ha perdido, y menciona también Mela al famoso Hiparco, célebre astrónomo alejandrino. Perdidas las obras de la mayor parte de los geógrafos anteriores a él, es imposible determinar con exactitud de qué modo explotó esas fuentes citadas.

Los demás geógrafos son posteriores a Pomponio Mela y ni siquiera le han conocido, pero en la literatura hispano-romana fué muy explotada, siendo una fuente para Plinio, el cual hubo de estudiar y conocer más libros, más fuentes que Pomponio Mela. Solino consultó también a Mela y a Plinio, llegando aquél a ser una fuente de la erudición clásica en materia de Geografía, porque las noticias de Solino

pasaron a San Isidoro y a los principales gramáticos de la Edad Media. De modo que este pequeño libro de Pomponio Mela ha venido a influir de una manera muy eficaz en la suma de conocimientos geográficos que la Edad Media tuvo de los antiguos; su texto hubo de depravarse mucho por las repetidas copias que de él se han sacado y ha sido muy difícil hacerle volver a su primitiva integridad, para lo que hubo necesidad de compararle con las fuentes antiguas. El estilo es el de un retórico, pero de la mejor escuela y con muy pocos rasgos del estilo dominante de la Edad de plata; más bien conserva la pureza de las formas clásicas pareciendo, bajo este aspecto, un libro de la Era de Augusto, si bien cierta especie de sutileza y de agudeza y un poco de énfasis que se advierte en la obra, demuestra la patria española de su autor y el ambiente literario en que se había formado, y aunque esta obra está muy lejos de alcanzar el valor científico que obtuvo la admirable obra de Strabon (uno de los libros más importantes de la antigüedad), sin embargo es muy agradable y tiene mucho valor para el estudio de la Geografía y de la Historia de la Edad Antigua, y en lo concerniente a España, nos da el autor indicaciones de nombres geográficos que en ningún otro texto encontramos: la edición mejor, repetimos, es la de Parcey publicada en 1867.

Respecto a la época en que floreció Pomponio Mela, puede creerse por su estilo que es un autor del tiempo de Augusto, pero es un poco posterior, debiendo haber escrito su libro entre Calígula y Claudio, y la razón que tenemos para decir esto es que al tratar de Bretaña alude al triunfo de Calígula en Bretaña, correspondiente al año 40 de la Era Cristiana, y es evidente, que por este tiempo escribió su Geografía, puesto que la nueva división de Africa hecha por Claudio es posterior, y por tanto entre ambas fechas podemos colocar este libro.

Comparable a Pomponio Mela, pero más rico, más abundante prosista que él y de más influencia, es un geopónico (tratadista de agricultura) y también perteneciente a este tiempo, el andaluz Lucio Junio Moderato Columela, amigo de Séneca, y de la época de Nerón. La pureza de la latinidad de este escritor es mayor que la de Mela. Columela era hijo de un rico agricultor de la provincia Bética y nació en Cádiz, como consta en su libro y también en una inscripción. Se le ha confundido, sin razón, con un Moderato gaditano, que escribió en griego y cuyas obras se han perdido, pero se conservan trozos de

ellas en el comentario de Simplicio a la Metafísica de Aristóteles y en la vida de Plotino, escrita también por el anterior. Sin negar que fuera pariente del Columela de que estamos ocupándonos, no creemos verosímil afirmar que fuese el mismo, aunque en rigor, no puede negarse: sin embargo, la circunstancia de haber cultivado uno y otro tan diversos estudios, pues mientras Lucio J. M. Columela es un tratadista de Agricultura y escribió en latín, el otro, Moderato, escribió en griego y acerca de la Metafísica pura, como nos lo indica la célebre doctrina sobre la cantidad poética que sirvió de base a la doctrina de lo UNO, de Porfirio, esto nos inclina a creer que aun cuando coinciden en el tiempo y en la patria y en haber vivido algún tiempo en Siria, sin embargo no son la misma persona.

Dice Lucio J. M. Columela en su libro: «esto que lo averigüen los que se dedican a estudiar los secretos de la naturaleza, más que los rústicos, está más bien para los literatos estudiosos que viven en el ocio que para los agricultores, por que no aprovecha para los acrecentamientos de la hacienda». Esto demuestra el desdén que tenía a cierta clase de estudios, desdén que había de ser mayor tratándose de la Metafísica, y por tanto el que tronaba contra estos estudios no podía ser el mismo que escribiera una teoría metafísica que se cuenta entre los precedentes más importantes de la escuela de Alejandría: sería pariente suyo, casi puede afirmarse, pero no eran una misma persona ambos Columelas.

Pertenecía a la tribu Galería de la legión VI Ferrata, y por algún tiempo estuvo en Siria; fué de familia de labradores acomodados de la Bética, y especialmente habla de un tío suyo llamado Marco Columela, que debió ser un agricultor célebre de su época y a quien llama «el Agricultor más inteligente de Andalucía». Fué contemporáneo y amigo de Séneca.

La única obra de Columela que nos queda es su célebre tratado de Agricultura dividido en doce libros que llevan el título «De Re rustica», título adoptado entonces para todas las obras de esta clase y ejemplo de esto tenemos en otras obras con el mismo título de Catón el viejo, de Varrón y de Paladio.

Esta literatura, tan propia para esos trabajos, lo mismo en lo jurídico que en lo militar que en lo geopónico, no era completamente romana, y así como los romanos habían recibido el primer impulso de Grecia, excepción hecha del derecho, en la literatura geopónica

recibieron influencias muy directas de los enemigos suyos, los cartagineses; en efecto lo único que sabemos de la literatura púnica es que tenían libros de agricultura, y la famosa obra de Magón (libro que mandó traducir el Senado) sirvió de base para todos los tratados de Agricultura que se escribieron después, exceptuando quizás el de Porcio Catón, el viejo, libro que todavía subsiste y que tiene un carácter enteramente distinto del de Varrón, Columela, Paladio, etc., y que contiene una serie de recetas rústicas mezcladas con consejos de gobierno doméstico, en forma científica, entremezclado todo ello con recetas para curar animales, etc. Puede citarse también un libro del médico Celso que había compuesto una especie de enciclopedía en que hablaba de Agricultura, y Grecino autor también de trabajos de esta especie.

Son, pues, los orígenes del libro de Columela de dos especies, de una parte los libros técnicos ya citados y de otra lo relativo a la práctica (práctica que todavía subsiste hoy en España y en Italia) adquirida por el trato con labradores de Andalucía e Italia. La curiosidad que tiene este libro se acrecienta considerando la gran influencia que ha ejercido posteriormente, puesto que es uno de los pocos monumentos de la antigüedad latina (de la griega hay muchos) que llegaron a conocimiento de los árabes, porque Columela no solamente fué explotado por los compendiadores de la época del Imperio, por Plinio el naturalista, por Paladio (que casi es el mismo libro de Columela con peor estilo), por San Isidoro en sus «Etimologías», sino que fué traducido al árabe por un cristiano muzárabe de Córdoba, según unos y de Siria según otros: Aben Zacaria-Ben-Alaguan, llegó a conocimiento de los árabes y formó la base de sus trabajos geopónicos, mucho más aún que la antigua agricultura Novotea. El autor que mencionan los árabes lo mismo de Oriente que de España, y que denominan siempre Junius, es Columela. Las observaciones de Columela entran en la cultura hispano-visigótica por San Isidoro, en la cultura hispano-arábiga por el notable libro de Agricultura de Aben-Zacaria, y en el Renacimiento por Herrera (Gabriel Alfonso de), que en gran parte no hizo más que una paráfrasis de Columela. El libro de Aben-Zacaria es mucho más rico que el de aquél, puesto que está enriquecido en la parte referente a la Botánica merced a los trabajos de otro célebre autor; la obra de Alfonso de Herrera es también más rica que la de Columela y la de Aben-Zacaria.

Consta, pues, de doce libros la obra de Columela, y, además, hay otro titulado «De arboribus», que no es más que un fragmento de una primitiva redacción del libro de Columela, anterior a la obra que ha llegado hasta nosotros: en algunas ediciones forma este libro el tomo trece; pero esta clasificación no es exacta porque, repetimos, Columela escribió su libro dos veces, y de la primera redacción sólo tenemos hoy ese libro «De arboribus». Uno de los doce libros está en verso y es un poema muy elegante sobre el cultivo de los huertos, en el que se propuso imitar y continuar las Geórgicas, y este libro lo escribió Columela a ruego de un amigo suyo agricultor. De este poema no tenemos que hablar ahora porque nuestro objeto es la prosa, y únicamente diremos que es un estudio muy delicado de la obra poética virginiana, demostrando el autor cierta especie de vena poética descriptiva de poesía de la naturaleza, poesía que se encuentra también en otros poetas de la época del Imperio. Dificulta el manejo de este libro de Columela, el uso que hace el autor de ciertas palabras técnicas, y por esto ha habido necesidad de hacer un diccionario especial, cuyo autor es Conrado Gesner, titulado «Lexicum rusticum».

Su lengua es sana, sin ninguno de los neologismos que se encuentran en otros autores y por tanto puede decirse que es digno de la era de Augusto, pero aparte de esta cualidad que pudiéramos llamar negativa, se observan en Columela verdaderas cualidades positivas, como por ejemplo la de amenizar la materia didáctica, árida de por sí, merced a un profundo sentimiento de la naturaleza, a un amor entrañable que el autor parece haber tenido a la vida campestre: merced a esta especie de sentimiento, repetimos, cobran verdadero valor artístico una porción de detalles rurales, que si no hubieran resultado empalagosos y pesados. Era un hombre que si no labrador de oficio, había hecho vida de campo mucho tiempo, y de esta especie de cariñosa atención que él presta a todas las labores rústicas proviene un encanto singular, que en pocos libros didácticos se encuentra y que hace simpática y apacible la personalidad moral del autor, al que no conocemos sino por su libro, pero resulta de él una personalidad sumamente agradable. Era muy amigo de las gentes de campo, y en uno de sus pasajes dice: «que la tierra desfallece no por que esté cansada, sino por la inercia del hombre» y más tarde compara las costumbres de los labradores italianos con el desdén que

los hombres de su tiempo parece que sentían hacia esas labores. El sentido general de su libro es parecido al de las «Geórgicas», y parece como que el autor hace un llamamiento a los romanos para volver a aquella vida antigua de los labradores del «Latio».

Vamos a hablar de Lucio Anneo Séneca: la importancia de éste, no solamente en la Historia de la Literatura Española y en la Historia de la Literatura Latina, sino en la Historia general de la Filosofía y sobre todo en la educación y cultura general del género humano, ha sido tan grande y tan profunda, que exige dediquemos a este autor cierta atención, si bien procuraremos prescindir de todo aquello que siendo de universal interés, se consigna ya en las Historias de la Filosofía y de la Literatura romana, y más bien insistiremos en aquellos aspectos de su genio, mediante los cuales Séneca se muestra como uno de los maestros o de los educadores, digámoslo así, de la raza ibérica. El sentido moral de la raza española, quien por primera vez lo expresó en forma elocuente y duradera, fué Séneca y la influencia de este prosista, aún después del advenimiento del Cristianismo, fué grandísima, como vemos por ejemplo en San Martín de Braga, cuyos libros de moral son tan parecidos, que fueron atribuídos a Séneca en la Edad Media, y continuó aquella influencia hasta el Renacimiento, en que el pensamiento general, la manera de ser, valga la frase, vino como a entrar, como a formar parte del pensamiento de casi todos los moralistas españoles de los siglos XVI y XVII, especialmente en este último, siendo Quevedo y Gracián sus más principales y últimos imitadores. No solo es de notar y advertir lo ya expuesto, sino que conviene manifestar que el estilo de Séneca, aquella manera suya aguda, conceptuosa y sutil, aquel aparato de sentencias, fué también la forma predilecta del genio nacional en nuestros mayores prosistas del siglo XVII, en Quevedo, Saavedra Fajardo y en el Padre Baltasar Gracián.

Séneca, lo mismo por el fondo de su doctrina, que por esa especie de estoicismo rígido que respondía a la propensión del genio nacional, y por la forma en que vertió sus pensamientos morales, ha sido para los españoles, no un compatriota, sino que pudiéramos decir un contemporáneo. La influencia de Séneca es universal, pero en ninguna parte como en España ha sido imitado en fondo y en forma y especialmente en el siglo XVII, porque aun cuando lo fué también en el siglo XVI, esta época como más clásica prefirió otros modelos. Hasta

los defectos innegables de Séneca son esencialmente españoles, nacionales, y Séneca entonces (siglo XVII) se llama don Francisco de Quevedo, así como la manera de Lucano reaparece en Góngora.

Séneca se presenta a la posteridad no solamente con obras filosóficas, sino con una masa de obras de distinto género que importa separar y clasificar porque muchas de ellas pertenecen a otros autores, de su familia misma o de sus discípulos; tal acontece, por ejemplo, con sus tragedias, de las que no nos ocuparemos por no ser de este lugar, puesto que dicho género pertenece a la historia de la poesía dramática, pero sí diremos que de las tragedias que se atribuyen a Séneca, sólo una o dos le pertenecen y las restantes, aun cuando están en el mismo estilo y poco más o menos tienen las mismas bellezas y defectos, no son, repetimos, de él. A la familia de Séneca pertenecen los escritores siguientes: su padre, Marco Anneo Séneca, el Retórico; Lucano, sobrino de Séneca el Filósofo; Mela el padre de Lucano; Junio Galion, Anneo Floro, etc. Volviendo a lo dicho, acerca de las tragedias, manifestaremos que no puede ser de Séneca, por ejemplo, la tragedia titulada «Octavia», que fué escrita después de su muerte, y en la que él figura como personaje de la obra.

Para juzgar exactamente acerca de las obras de Séneca, procede ante todo que digamos algo acerca de la vida de Séneca, vida ligada muy estrechamente con los acontecimientos políticos más importantes de los reinados de Claudio y Nerón; porque hay que advertir que Séneca no fué un filósofo dedicado a la contemplación solitaria, sino que vivió en medio del tumulto de la vida, tomando activa parte en los negocios de su tiempo y especialmente en el reinado de Nerón. La historia moral de Séneca, su biografía moral, ha llegado hasta nosotros por medio de testimonios contradictorios, derivados los unos de admiradores y discípulos suyos, y los otros de enemigos y detractores; porque como todo hombre que se ve colocado en la cumbre de la prosperidad, tuvo muchos enemigos en vida y después de su muerte; las fuentes principales que tenemos para conocer la biografía de Séneca y que deben ser consultadas con cautela, teniendo en cuenta los móviles de sus autores, son, en primer lugar, todo lo que Tácito escribió acerca de este filósofo en sus Anales, que es mucho, aunque desgraciadamente esta obra ha llegado hasta nosotros muy incompleta, sobre todo en lo relativo al reinado de Nerón y a la última parte del reinado de Claudio. El testimonio de Tácito, es en

general favorable a Séneca: el estoicismo de éste cuadraba bien a la manera de pensar de Tácito; pero hay que advertir en pro de la imparcialidad de este último, que ciertas contemporizaciones y ciertas debilidades de la conducta política de Séneca no logran la absolución ante la severa pluma de Tácito. A este testimonio hay que añadir las pocas referencias de Suetonio, en sus vidas de Claudio y de Nerón; pero este escritor no era más que un mero compilador de anécdotas y dotado de escaso sentido moral, recogiendo únicamente los rumores favorables o adversos de los personajes de que habla. El relato de Suetonio no altera, en lo fundamental el de Tácito; pero contra la versión del último se levanta otra depresiva y hostil consignada en Dion Cassio, escritor griego, si bien hay que advertir que éste escribió en Bitinia y que no era contemporáneo de Séneca, valiéndose para sus trabajos sobre este punto de una especie de libelo compuesto por un tal Suilio, sicofanta de profesión, magistrado concusionario, esto es, una especie de Gobernador de provincia que fué castigado por sus rapiñas, a excitación de Séneca, que venía a ejercer por entonces el papel de un jefe superior de administración. Por esta razón Suilio se convirtió en enemigo acérrimo de Séneca, propagando multitud de calumnias en Roma, por lo que fué perseguido por Séneca.

Mientras Séneca vivió fué un jefe de escuela y tuvo sectarios fanáticos, no ya solamente de su doctrina, sino de su estilo, haciendo gala de imitarle: fué, pues, un verdadero dictador literario con todas sus ventajas e inconvenientes, y sus defectos fueron exagerados por sus discípulos, al paso que muy pocos imitaron sus buenas cualidades. Su gusto convino con su tiempo, como dice el mismo Tácito; pero cambió muy pronto y Séneca, que había dominado en tiempo de Claudio, Nerón y hasta la época de los Antoninos. Desde Diocleciano ya empezó a variar el gusto y ya entonces se volvían los ojos a la edad de Augusto, reacción que se observa entre nosotros, en Quintiliano, el cual inició, aunque de un modo templado, esta reacción en el largo pasaje en que juzga y critica severamente el estilo de Séneca, pasaje que se encuentra en sus Instituciones Oratorias. Quintiliano, que había tomado a Cicerón como modelo, no podía transigir con el gusto romántico o libre, que pudiéramos decir, de Séneca. Todas las reacciones se extreman, y así como Quintiliano había iniciado esta campaña contra Séneca proclamando el nombre

de Cicerón, en tiempo de Marco Aurelio la reacción había avanzado más y ya se remontaban más allá de Cicerón, y se tomaba por modelos a los autores más vetustos, siendo el tipo de éstos Frontón, el maestro de Marco Aurelio: dos epístolas de aquél se han descubierto en este siglo merced al cardenal Mai. Frontón decía «que querría arrancar los libros de Séneca de las manos de la juventud». Aulo Gelio sigue a Frontón.

Decíamos el último día que el testimonio de Tácito referente a Séneca es bastante imparcial, mientras que el del historiador griego Dion Casio y de su compendiador Xifilino, monje bizantino, está inspirado por la pasión, acusándole no sólo de malas costumbres y de haberse hecho rico a costa de sus cargos oficiales, esquilmando a varias provincias, sino también de adulterio, ya con Julia (hermana del Emperador) ya con Agripina, madre de Nerón.

Con estos textos y con las indicaciones esparcidas en muchos autores acerca de Séneca, podemos aspirar de un modo verosímil a completar la personalidad de Séneca, sin pretender ni canonizarlo, como han querido muchos escritores de escuelas muy diversas, como por ejemplo Diderot, en el siglo pasado, que pretendió convertirlo en un tipo perfecto de probidad y en un hombre exento de toda impureza moral, presentándolo como el tipo del sabio estoico; sin llegar a esto, repetimos, ni aceptar tampoco ninguna de las exageraciones de sus detractores, libres de todos estos distintos móviles y prejuiçios y teniendo en cuenta no más que lo que los hechos nos revelan, vamos a contar brevemente la biografía de Séneca, no por otra cosa sino porque es indispensable para comprender bien sus obras.

Séneca, aunque sea un personaje muy importante en la Historia de la Filosofía, cultivó poco la filosofía especulativa, puesto que sólo es un filósofo práctico, siguiendo en esto la tendencia del genio latino, poco dado a la metafísica pura; de aquí que esta filosofía apenas si floreció entre los romanos y cuando florece es por imitación y derivación de otra parte. Cicerón y el mismo Lucrecio no son más que admirables descriptores de la filosofía griega; Séneca hizo algo más que esto, si bien es verdad que sus máximas sobre la vida, se fundan en una ética especulativa, la cual se deriva a su vez de una metafísica cuyos orígenes procuraremos exponer brevemente. Pero para comprender la tendencia eminentemente práctica que Séneca dió a sus

libros de filosofía, importa saber su biografía, puesto que no había vivido en la pura región del pensamiento, sino que al contrario se había mezclado de un modo muy activo en todos los acontecimientos de su tiempo, y aun puede decirse que fué el árbitro del Imperio en un período muy largo.

Nació en Córdoba, según él mismo afirma en varios pasajes de sus obras, y era hijo de Marco Aneo Séneca el retórico, y de Elvia, matrona de grande ánimo y de no vulgares dotes intelectuales, y a quien dirigió su hijo la obra «De consolatione ad Elviam matrem». En su juventud se había dedicado a las escuelas de declamación, y fué uno de los tres hijos de Séneca el retórico de quienes quedó memoria en la dedicatoria de las «Controversias»; era el segundo en edad de los hijos de Marco Anneo y celebra con gran veneración a su padre llamándole «varón de costumbres íntegras»; gran parte de su juventud residió en Egipto, al lado de un cuñado suyo llamado Bitrasio Palión, que era Pretor en Egipto, y a esta época primera de su vida habrá que referir probablemente la composición de dos libros perdidos hoy y que a juzgar por los títulos debieron ser muy importantes; titúlase uno «De situ et sacris Egiptiorum», y otro «De situ Indiae», que venía a ser una especie de topografía de la India; pero sólo hay pruebas de la estancia de Séneca en Egipto y no en la India, y por lo tanto es de presumir que en Alejandría adquiriese algunas ideas de la India. De Atalo, Papilio y otros filosofos, recibió influencias, desde sus primeros años Séneca. Aparte de la influencia indirecta de la filosofía griega que tuvo en Roma, merced a los peripatéticos y estoicos, recibió además influencias directas de la escuela Alejandrina, y quizás por aquellos tiempos enseñaba allí un tal Moderato de Cádiz, que escribió en lengua griega.

De los profesores que en Roma tuvo, ha dejado muchos recuerdos Séneca, de Atalo, Soción, Papirlio Fabiniano, etc.; éstos dos últimos eran estoicos. Los progresos de Séneca en su carrera pública fueron muy rápidos e indudablemente han de atribuirse, amén de su talento, al prestigio de su familia, que debía ser muy grande, puesto que era una de las familias ricas y poderosas de aquel tiempo, y así por ejemplo ya hemos dicho que el Pretor o Gobernador de Egipto era cuñado de Séneca, estaba casado con la hermana mayor de éste. Séneca era ya senador en tiempos de Calígula y había despertado con su elocuencia los celos de este Emperador medio loco, que tenía ciertas

pretensiones literarias y que miraba con aversión a todos aquellos que él consideraba que en este terreno podían hacerle sombra; del estilo de Séneca decía Calígula, lo que no carecía de cierto fundamento y que demuestra que este Emperador tenía algún instinto artístico, que era «arena sin cal o cal sin arena», aludiendo a las sentencias que caen como una granizada sobre el lector y que le impiden examinar y considerar el conjunto total de la obra.

Calígula pretendió vengarse de Séneca con armas más templadas que un chiste y so pretexto de haber estado complicado en cierta causa, le desterró a Córcega, según unos, si bien nos inclinamos a creer que este destierro no es de los tiempos de Calígula, sino en tiempos de Claudio: efectivamente, este hecho pertenece al año 41 de nuestra era, en que se le procesó so pretexto de adulterio con una de las hermanas de Calígula, Julia Livina. Fué desterrado a Córcega, donde permaneció ocho años, hasta que muerta Mesalina, Séneca volvió a Roma, donde obtuvo la prefectura y después el Consulado, confiándole Agripina la educación de su hijo Nerón.

Durante su destierro Séneca demostró un gran desaliento (impropio de un filósofo, por lo que fué muy censurado), como lo prueba el acto de escribir un «Tratado» a Polibio, que era uno de los libertos del Emperador Claudio, en donde a fuerza de adulaciones y después de llamar «Divino» al Emperador, se proponía, seguramente, que le levantaran el destierro. Apenas muerto Claudio, Séneca se vengó del libro anterior, escribiendo una sátira terrible contra aquél, «Apocolokintosis», o sea la transformación de Claudio en calabaza.

Los apologistas de Séneca, y entre ellos el alemán Sthal, en su obra acerca de Agripina, dicen que aquel Tratado no es del célebre filósofo.

Restituído Séneca a Roma y merced al favor de Agripina (obtenido según Dion Cassio, por malas artes y según otros escritores por ser el hombre de más prestigio literario del Imperio), se encontró colocado al frente de los negocios públicos no sólo como Pretor, sino como primer ministro de Nerón, y realmente los primeros años del reinado de este Monarca correspondieron a las enseñanzas y dirección de Séneca, siendo célebre entre los romanos el Quinquenio Neroniano. A esta época corresponden sus dos libros «De Clementia», en los que aconsejaba la templanza a su discípulo, comprendiendo desde luego los gérmenes de maldad que había ocultos, en Nerón,

teniendo a veces que contemporizar con sus desórdenes para evitar males más graves, según nos aseguran Tácito y Dion Cassio.

Lo cierto es que, fueran cuales fueran los desórdenes privados de Nerón, durante ese quinquenio su conducta pública, su política, fué la de un Príncipe clemente y bueno y las palabras que pronunciaba en el Senado estaban en armonía con esa conducta, porque eran las palabras de su maestro, puesto que sabido es que las oraciones que pronunciaba Nerón en el Senado estaban compuestas por Séneca, por lo que nada tiene de extraño que fuesen del agrado del pueblo, si se tiene en cuenta que, amén de lo profundo, su estilo era el mejor acomodado a su tiempo, como nos lo dice el propio Tácito en las siguientes palabras... «Tenía Séneca ingenio ameno y acomodado a los gustos de su tiempo».

Pudo Séneca con su talento y habilidad domeñar a Nerón durante esos cinco años, ayudándole en esta meritoria empresa el también maestro de Nerón, Afranio Burro, Magister equitum y hombre muy austero; pero Tácito nos dice «que apenas bastaban los maestros de Nerón para contenerle, porque tenía un carácter muy cruel». Nerón comenzó a manifestar la perversidad de su índole con el asesinato de Británico, y Séneca, comprendiendo que se aproximaba para él la hora de la crisis suprema, tomó la resolución de renunciar en manos de Nerón, no sólo el cargo público que ejercía y que venía a ser una especie de administración general de las provincias, cargo que le convertía en el primer Ministro de aquel Imperio, sino también las riquezas sin cuento que había acumulado, no tanto por avaricia propia cuanto por la generosidad despilfarradora de su discípulo. Estas riquezas constituyen uno de los cargos más graves que contra Séneca propalaron sus detractores y entre ellos Cassio, los cuales decían que en poco más de seis años de gobierno, había llegado a poseer la enorme cantidad de tres mil sextercios, riquezas, añadían, adquiridas mediante la usura, y dilapidando provincias enteras. Todas estas murmuraciones llegaban a oídos de Séneca, quien las desmentía con su conducta, con su abstención y su desprecio por las riquezas; dormía en la dura tierra, se alimentaba muy frugalmente y se imponía una serie de mortificaciones, propias más bien de un asceta cristiano que de un filósofo pagano.

A pesar de esa vida, que en Séneca no era ninguna comedia, comedia que, a las largas, hubiera resultado muy dura e imposible de

sostener, no consiguió acallar a sus enemigos, y entonces, renunció a su cargo y a todas las posesiones y riquezas que tenía. Séneca nos ha conservado (en lo sustancial y principal) el breve discurso que, con motivo de la renuncia de su cargo oficial, pronunció ante Nerón, y la respuesta de éste negándose a admitir los bienes. Séneca conservó, pues, sus riquezas, pero abandonó la corte de Nerón, por no permitirle su recto criterio presenciar las escenas crueles preparadas por Nerón: la principal de éstas fué el parricidio perpetrado por Nerón en la persona de su madre Agripina. Desgraciadamente este punto está un poco obscuro en Tácito, según el cual Séneca tuvo la debilidad de escribir, por encargo de Nerón, el discurso que éste había de leer en el Senado, para darle cuenta de la muerte de Agripina, discurso que era una especie de apología de su crimen, y que Nerón tuvo la osadía de leer ante el Senado. Hay otra circunstancia en la muerte de Agripina, más grave aún, que relata también Tácito: sabido es que cuando Nerón intentó deshacerse de su madre, mandó aprestar una nave que debía hundirse en el mar y en la que había de ir embarcada: Agripina se salvó milagrosamente en la costa de Nápoles y desde esta población envió un mensajero, dándole cuenta a su hijo del peligro corrido; cuando llegó este enviado de Agripina, Nerón llamó a Séneca y a Burro y les mostró un puñal que había a sus pies (puñal arrojado por él mismo), diciéndoles que su madre había mandado a un mensajero con ánimo de asesinarle, y que les llamaba para preguntarles qué debería hacer: a esta pregunta no contestaron Séneca y Burro, y entonces Nerón, a presencia de ellos, dictó sus órdenes para que matasen a su madre. El poco valor demostrado por Séneca, al permanecer callado ante la pregunta de Nerón, tratándose de Agripina, a quien tantos favores debía, ha sido censurado por todos los historiadores. El asesinato de Agripina anunciaba a Séneca su propia ruina, por lo que se retiró a una de sus quintas, desde la que continuó en correspondencia con Lucilio, gobernador de Sicilia.

Nerón aunque en público alababa a Séneca sentía animadversión contra su persona, triste suerte de los hombres débiles. Las debilidades de Séneca, sin salvarle a los ojos de la posteridad, le perdieron a los de Nerón; ni fué bastante perverso para acompañarle en sus crímenes, ni bastante hombre de bien para resistirle desde el primer momento: fué sencillamente un hombre de bien, pero débil, y que estuvo a merced de las circunstancias.

Nerón buscó una ocasión para perderle y ésta se presentó, con la conspiración de Pisón, en la que se contaban Lucano, que estaba ofendido contra Nerón y un hermano de Séneca. Éste no tuvo conocimiento de la conspiración, pero como era el candidato que tenían los sublevados para el Imperio, de ahí que, descubierta la conspiración, fuese condenado a muerte como todos, y al efecto se le indicó, que se matase (según la costumbre de aquella época con los condenados a muerte que eran hombres eminentes), y entonces se hizo abrir las venas en un baño de agua tibia, donde murió, pronunciando sentencias filosóficas y discursos notables, algunos de los que nos ha conservado Tácito, el gran pintor de esta época terrorífica y, en especial de la muerte de Séneca. La muerte de este filósofo (en la que invocó a Júpiter libertador) fué larga y cruenta, porque Séneca, hombre de mucha edad y extenuado por las vigilias y ayunos, estaba casi anémico, por lo que hubo necesidad de herirle y pincharle las venas repetidas veces. Su mujer, Paulina, mucho más joven que él, pero que le profesaba un ardiente amor, quiso morir también, y al efecto se abrió las venas; pero Nerón mandó que se le atajara la sangre, y dice Tácito, que sobrevivió bastantes años a su marido, notándosele siempre, en la palidez de su rostro la mucha sangre perdida en aquel trance.

La impresión que todos esos hechos dejan en el ánimo, es la de haber sido Séneca, en situaciones especiales de su vida, un hombre de carácter débil, y que desmintió con su conducta su filosofía; pero naturalmente inclinado al bien y que procuró realizarle en aquella forma, y hasta aquel grado que se lo consentía la época en que vivió.

Vamos a considerar hoy a Séneca como escritor. Hay un aspecto del talento de Séneca que queda en el presente curso, fuera de nuestro examen, cual es, el de poeta dramático; Séneca no solamente es el principal filósofo moral, el principal tratadista de ética entre los romanos (a excepción de Cicerón), sino que es además el único poeta trágico latino de quien subsisten obras completas. La única colección de su Teatro que existe hoy, son las diez tragedias generalmente atribuídas a Séneca y de la que algunas no lo son: hay tres que casi se puede afirmar no son suyas, una sobre todo, «Medea» no lo es; otras con gran probabilidad, «Las Troyanas» y el «Hipólito». La «Octavia» no es suya seguramente, porque en ella apare-

ce un personaje que es el mismo Séneca. Son pues, de individuos de su familia o de imitadores suyos; pero tan bien hechas, que se confunden con las creaciones del filósofo cordobés. Queda, pues, reservada esa materia para el curso en que se exponga la Historia de los orígenes del Teatro. Tenemos que prescindir ahora, de las Tragedias, de algunos epígramas que compuso en su destierro de Córcega, y de una especie de sátira, en prosa y verso, que escribió después que murió Claudio, «Apocoloquntus».

Tal es el prestigio de la doctrina de Séneca y sus actos, que lo que algunos críticos han encontrado como deficiente en su conducta, no ha sido suficiente para quitarle no ya la reputación de escritor, de filósofo, que es independiente de esto, sino aun la reputación de moralista práctico que es a lo que principalmente aspiraba Séneca.

Respecto a las obras del filósofo cordobés, ya hemos dicho en otra ocasión que nos falta la mayor parte de sus tratados sobre ciencias naturales geográficas: sólo tenemos los siete libros de las «Cuestiones Naturales», el tratado acerca de los terremotos, que escribió durante su juventud: otro tratado de Mineralogía, titulado de «Lapidum natura», y otro de «Piscis natura», obras estas, que fueron explotadas por Plinio. Séneca, siguiendo en esas obras el criterio racional de los estoicos y siguiendo la tendencia dominante del pueblo romano, que era adverso a la pura especulación, parece muchas veces en sus escritos filosóficos, como que menosprecia la filosofía de las ciencias naturales, considerando que el estudio sobre la naturaleza no es propio de un filósofo, pero quizás hay en todo esto más bien un alarde de escuela, y algo como de rutina, derivada de sus maestros Soción, Atalo, etc., que una convicción propia, porque al mismo tiempo que Séneca en sus escritos sobre filosofía moral, parece que hace alarde de menospreciar los fenómenos naturales y sus causas, por otro lado escribe mucho sobre todas estas materias, y aún nos queda su tratado sobre Física, en siete libros dividido. En estas obras hay positivos conocimientos de Física, y algunas teorías, especialmente astronómicas, v. gr., la relativa a los cometas, que si no son originales como algunos dicen, sin embargo reflejan lo más adelantado de la época en estas ciencias.

Aun de los tratados puramente morales se han extraviado muchos: escribió sus «Exhortaciones», su tratado de «Offitüs» (influído por Cicerón), «De natura mortis», «De superstitione», acerca del que escribió San Agustín en su «Ciudad de Dios».

En ese tratado hay una impugnación del politeísmo romano, del politeísmo clásico, y el mismo San Agustín, repetimos, le cita y aun extracta en su obra ya citada. Esta circunstancia y la de haber sido en su tiempo una de las últimas obras escritas por los filósofos contra el politeísmo vulgar de la antigüedad, contribuyó mucho a la tradición tan extendida de las relaciones de Séneca con San Pablo y del cristianismo de aquél, idea muy antigua y que vemos ya consignada por San Jerónimo, quien en uno de sus pasajes, dice: «...Séneca noster», fundado no sólo en la correspondencia apócrifa de Séneca con San Pablo, que él cita (y que por cierto es distinta de la que hoy tenemos, porque si no no hubiera creído ese absurdo un hombre tan eminente como San Jerónimo), sino también en los escritos de Séneca contra el politeísmo; esta lucha que desde sus orígenes, desde los tiempos de la escuela jónica y eólica, sostuvo la filosofía antigua contra la mitología, hubo de servir como arma de combate a los escritores cristianos para mantener la hipótesis sostenida por San Jerónimo, del mismo modo que San Justino concedió especial favor a los filósofos antiguos y especialmente a los platónicos, sobre todo en lo relativo a la afirmación del Dios único, que se observa en la obra que acerca de «Theodicea» escribió Séneca, tratado que desgraciadamente se ha perdido.

Otros libros atribuídos a Séneca que circularon mucho durante la Edad Media, no pudiéndose decir, sin embargo, que eran apócrifos, pues que el contenido es de Séneca, son aquellos en que se contienen sentencias entresacadas de distintos libros de este autor; ejemplo de estos libros tenemos en el tratado de Paupertate, otros dos que en tiempo de la monarquía sueva de Galicia compuso San Martín de Braga, con los títulos «De moribus» y «De formula vitae honestae». Todas estas obras se escribieron de una manera muy análoga a como se hicieron los primeros tratados de filosofía escolástica, reuniendo las sentencias de los Santos Padres y poniéndolas con cierto orden sistemático, y ejemplo de esto tenemos en los trabajos de Pedro Lombardo, y antes en nuestros Padres visigóticos, como San Isidoro, San Julián y las Sentencias de Tajón. Pues, bien, por este sistema se formaron varios libros de filosofía moral en la Edad Media, atribuídos por lo común a Séneca y a Catón, mediante cuyas obras, vino a influir muchísimo, en la Edad Media, Séneca, con estos tratados «De Moribus», «De las cuatro virtudes cardinales»,

etc., constituyendo todo esto una especie de breviario de Etica, algo así como un catecismo.

La Etica estaba formulada ya por Séneca en términos bastante próximos a la moral cristiana, y fué modificada más tarde por la pluma de S. Martín de Braga, en sentido verdaderamente cristiano, formando parte e influyendo todo esto en la cultura de los tiempos medioevales. Era, pues, Séneca en España el tipo del sabio popular. Esta mezcla se observa también en los dísticos atribuídos a Catón, en el famoso «Conmonitorio de Focílides y en los versos aúlicos de Pitágoras.

Todos esos manuales se tradujeron a todas las lenguas vulgares de aquella época.

Consta por testimonios fidedignos, como Tácito y Quintiliano, que Séneca había escrito obras históricas, como por ej. la Historia de su padre, obras que desgraciadamente no han llegado hasta nuestros días; que fué orador forense en su juventud y después orador político en tiempos de Nerón, ya en nombre propio ya componiendo las arengas que el mismo emperador pronunciaba en el Senado. De todo lo dicho se desprende que aun descartadas las obras perdidas y las atribuídas sin fundamento, todavía nos quedan un cuerpo muy considerable: las dos más extensas son las «Cuestiones naturales», dividida en siete libros y la colección de las Epístolas a Lucilio, amigo suyo y que fué procónsul en Sicilia.

La primera de esas obras citadas, pudiera decirse, que en vez de siete tiene ocho libros, porque el cuarto está dividido en dos; ofrece la curiosidad, este tratado, de ser el único manual de Física que nos han legado los romanos, a excepción del poema de Lucrecio. La obra conforme al gusto de su tiempo está llena de consideraciones morales y declamaciones muchas veces impertinentes y traídas por los cabellos, pero al mismo tiempo están llenas de doctrina positiva, y no de primera mano, porque a esto se oponía la vida de Seneca, sus maestros, sus contiendas políticas etc., todo lo cual no dejaba tiempo a ese filósofo para que por su cuenta se ocupase en el estudio de las ciencias experimentales, materia que, por otra parte, era antipática al genio romano; pero es indudable que de los latinos, el que alcanzó mayor suma de conocimientos en el estudio de las ciencias astronómicas y físicas, fué Séneca, mucho más que Plinio. Esta obra, aparte de su valor propio e intrínseco, que es mayor desde el mo-

mento en que se perdieron los libros consultados por Séneca, tiene otra importancia y es la de haber sido explotada por S. Isidoro, por Veda, por Casiodoro, Vicente Bové, etc., hasta el siglo XIII; hasta esta época conservó el carácter de ser el único manual de Física antigua, puesto que el poema de Lucrecio apenas se conocía.

Los demás tratados de Séneca son de filosofía moral, salvo algunas cartas de la voluminosa colección de las dirigidas a su amigo, Lucilio, en que se tratan cuestiones de Lógica y de Metafísica.

La tendencia en los romanos de no tratar de la Metafísica pura, tendencia no contrabalanceada por ningún género de filosofía, tenía que degenerar en lugar común, en mera declamación. El desdén con que Séneca habla de la filosofía pura es muy notable: dice en la epístola 48, después de haber llamado «pueriles inepcias» a las cavilosidades de los dialécticos, que para él es la filosofía una especie de disciplina ética, una dirección de conciencia. En efecto Séneca, es más bien una especie de director de conciencia de sus parientes y amigos en primer lugar y de su generación en segundo: he aquí el pasaje «¿Quieres saber (dice a su amigo Lucilio) lo que promete la filosofía al género humano? Consejo, dirección; ¿cómo quieres que me ocupe en esas cosas impertinentes cuando me llama el clamor de los miserables? Al uno le llama la muerte, al otro le consume la pobreza, al otro le atormentan las desgracias ajenas o propias; uno está abrumado por los pesares ajenos, el otro quiere sustraerse al peso de su propia felicidad (frase feliz); si tienes entendimiento y conciencia socorre a este que está agonizando: todos desde las puertas te están tendiendo las manos y los que están perdidos y van a perecer *imploran tu auxilio*; y te *piden que les muestres* el claro libro de la verdad, los que están dispersos y errantes». No se puede demostrar en términos mejores y más elocuentes el carácter viril que este filósofo tiene.

Al paso que demuestra Séneca esa especie de desdén hacia la filosofía pura, inclinado sólo a tratar las cuestiones éticas, tiene, no obstante, ciertos conceptos generales, derivados algunos del estoicismo y que le sirven de fundamento para su ética. No se puede creer de ningún modo, que Séneca, ni ningún otro moralista, haya filosofado de un modo puramente empírico y con mayor o menor rigidez de método, pues hay siempre una ética especulativa que sirve de base a la ética práctica, y hay una metafísica en la cual se fundan

aquellos elementales conceptos de que la ética arranca: la idea de bien, de justicia, de derecho, etc.

Séneca no sólo tiene su moral práctica, como en la Consolación dirigida a su madre, en las cartas a Lucilio, etc., sino que tiene también una serie de conceptos generales respecto al móvil de las acciones humanas y al fin último de la actividad moral. En las epístolas a Lucilio están expuestos, aun cuando en términos generales, los fundamentos de su Metafísica, la cual viene a ser, por exigencias del tiempo, algo parecida al eclecticismo alejandrino, y ejemplo de esto tenemos también en la doctrina de Moderato, el filósofo gaditano, acerca de la cantidad.

Decía Séneca a este efecto, en su epístola 58: La idea es el ejemplar eterno de las cosas que la naturaleza ejecuta; de la idea ejemplar de la obra futura, nace la forma que el artífice aplica luego a su obra. ¿Qué diferencia hay entre ambas? «El ser la primera, la idea, forma ejemplar, y la segunda una forma tomada del ejemplar: el artífice imita la idea o crea la forma; vienen a ser una misma cosa, pero la llamamos forma cuando está la cosa creada, y la llamamos idea cuando está fuera de la obra y antes que ella». Admite, pues, Séneca, la teoría de las ideas platónicas, pero concretada en las formas Aristotélicas. Esta doctrina es semejante a la sustentada por Morcillo y análoga también a la de Leybnitz.

Se ve, pues, la tendencia a una especie de sincretismo algo semejante al de los Alejandrinos.

(Continuará).